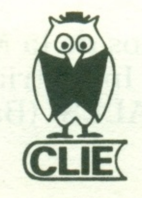

ANDREW MURRAY
acerquemonos
al Señor

# ACERQUÉMONOS AL SEÑOR

**ANDREW MURRAY**

# ACERQUÉMONOS AL SEÑOR



Libros CLIE
Galvani, 113
TERRASSA (Barcelona)

ACERQUÉMONOS AL SEÑOR



Versión española: David Vila

ISBN 84-7228-890-0
Depósito Legal: B. 27.176-1984

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.º 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias, calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

*Printed in Spain*

# ÍNDICE

# PREFACIO

Los doce capítulos que forman este librito son parte de una obra mayor, que acaba de ser publicada.[1] Se publican por separado en la esperanza de que lleven las nuevas de que el Padre quiere que vivamos la vida en su presencia, y que Cristo puede llevarnos y guardarnos allí, a algunos que no tendrán oportunidad de leer el libro más extenso.

El pasaje sobre el cual se basan estos capítulos (Hebreos 10:19-25) constituye el mismo centro de la Epístola. Contiene un sumario de lo que se enseña en la primera parte, que es doctrinal, e indica al mismo tiempo los puntos principales de carácter práctico que se desarrollan en la segunda parte. Dentro del alcance de unos pocos versículos junta todo lo que ha dicho de nuestro bendito Sumo Sacerdote y de su obra, y todo lo que se puede decir de lo que necesitamos plenamente para disfrutar del fruto de esta obra, y todo lo que se ha de decir en la epístola sobre la influencia que su enseñanza ha de ejercer sobre nosotros. Todo el pensamiento se hace centrar sobre un punto: Acerquémonos. Con el poder de la redención de Cristo, entremos y permanezcamos en la presencia del Padre.

*El Lugar Santísimo: La presencia de Dios en la esfera del ministerio de Cristo en el Cielo y de nuestra vida y servicio en la tierra.* Una exposición devocional de la Epístola a los Hebreos (130 capítulos).

En el libro mayor he procurado indicar hasta qué punto el estado de los hebreos era precisamente lo que encontramos en las iglesias de nuestros días. Hay una falta de firmeza, de crecimiento y de poder que resulta de no conocer bien a Cristo. He procurado mostrar, tal como hace la Epístola, que el verdadero conocimiento de las maravillosas y benditas verdades de la divinidad y humanidad de nuestro Señor, del hecho de que sea nuestro Guía y Precursor en el camino de la obediencia y la entrega perfecta a la voluntad de Dios, y, sobre todo, su celestial sacerdocio en el poder de una vida sin fin, y el que nos procure un acceso perfectamente libre y una permanencia en la presencia de Dios por medio de su sangre, da una fuerza y una esperanza a nuestra fe, que nos permite de modo efectivo que obtengamos la promesa y vivamos como Dios quiere que lo hagamos. Pero tengo la esperanza de que incluso este librito pequeño puede estimular a algunos a buscar y descubrir los tesoros que contiene la Epístola, y ayudarles a entrar en la posesión personal de esta salvación completa que este nuestro gran Sumo Sacerdote nos ofrece y puede concedernos.

Es mi oración ferviente que la enseñanza del Espíritu Santo de Dios sea la porción de todos mis lectores.

ANDREW MURRAY

25 de septiembre de 1894.

# HEBREOS 10:19-25

19 Así que, hermanos, teniendo entera libertad para en-
trar en el Lugar Santo por la sangre de Jesucristo,
20 por el camino nuevo y vivo que él abrió para nosotros
a través del velo, esto es, de su carne,
21 y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios,
22 acerquémonos con corazón sincero, en plena certi-
dumbre de fe, teniendo los corazones purificados de
mala conciencia, y los cuerpos lavados con agua pura.
Mantengamos firmes, sin fluctuar, la profesión de nuestra
esperanza, , porque fiel es el que prometió.
24. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al
amor y a las buenas obras;
25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por
costumbre, sino exhortándonos; y tanto más cuanto
que veis que aquel día se acerca.

I. Las cuatro grandes bendiciones de la nueva vida:

1. El Lugar Santísimo está abierto.
2. Confianza y libertad en la sangre.
3. Un camino nuevo y vivo.
4. El gran Sumo Sacerdote.

II. Las cuatro principales marcas del verdadero creyente:

1. Un corazón sincero.
2. Plenitud de fe.
3. Un corazón purificado de mala conciencia.
4. El cuerpo lavado con agua pura.

III. Los cuatro grandes deberes a los cuales nos llama el Santuario abierto:

1. Acerquémonos (en plenitud de fe).
2. Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza.
3. Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor.
4. No olvidemos el congregarnos.

# 1

# La entrada en el Lugar Santísimo

*10:19. Teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santo.*
*10:22. Acerquémonos.*

## 1. El Lugar Santísimo

*Entremos en el Lugar Santísimo.* Con estas palabras empieza la segunda mitad de la Epístola. Hasta ahora la enseñanza ha sido principalmente doctrinal. La gloria de la persona y el sacerdocio de Cristo; el santuario celestial que Él, por medio de su sangre, ha abierto y purificado, y del cual ha tomado posesión para nosotros; el camino de obediencia y autosacrificio que le volvió al trono; todo esto ha sido expuesto. Ahora viene la parte práctica, y nuestro deber es apropiarnos la gran salvación que ha sido provista para nosotros y que se resume en una idea: «Teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santísimo; acerquémonos.» El acceso a la presencia y conunión con Dios, el derecho y el poder para hacer de esta presencia nuestro lu-

gar de residencia, el vivir nuestra vida allí, es algo que Cristo nos ha proporcionado: acerquémonos, residamos allí. Dios quiere que todo hijo suyo permanezca siempre en su presencia.

*Entremos en el Lugar Santísimo.* Ésta es una llamada a los hebreos a que salgan de una vida de incredulidad y pereza, que conduce a apartarse del Dios vivo, y que entren en la tierra prometida, el descanso de Dios, una vida de comunión y de favor. Es una llamada a los cristianos tibios e indolentes a que no permanezcan en los atrios del tabernáculo, satisfechos con la esperanza de que sus pecados han sido perdonados. Ni aún deben estar satisfechos con haber entrado en el Lugar Santo, y allí hacer el servicio del tabernáculo, mientras que el velo todavía interfiere en la plena comunión con el Dios vivo y su amor. Llama a entrar a través del velo rasgado al lugar en que ha sido llevada la sangre, y donde vive el Sumo Sacerdote, para vivir y trabajar allí, siempre en la presencia del Padre. Es una llamada a todos los cristianos que dudan y están sedientos, que anhelan una vida mejor que la que han conocido, para que echen sus dudas y crean que esto es lo que Cristo ha hecho verdaderamente y ha puesto al alcance de cada uno de nosotros: *¡ha abierto el camino al Lugar Santísimo!* Ésta es la salvación que Él ha realizado, y ahora vive para aplicárnosla, a fin de que podamos residir verdaderamente bajo la plena luz del rostro de Dios.

*Entremos en el Lugar Santísimo.* Éste es, en una sola palabra, el fruto de la obra de Dios, la lección principal de la Epístola, la gran necesidad de nuestra vida cristiana, la completa y perfecta

salvación que Dios nos da en Cristo para que gocemos de ella.

*Entremos en el Lugar Santísimo*. ¿Qué Lugar Santísimo? Para el lector que nos ha seguido hasta ahora en la Epístola, no hay necesidad de decirlo: no es otro que el mismo lugar en el que entró Cristo cuando rasgó el velo en su muerte, donde entró por medio de su sangre, para aparecer delante de Dios en favor nuestro. Es el Lugar Santísimo en el que Dios mora, en el cual los sacerdotes, incluso el sumo sacerdote, tenían prohibido estar, y en el cual Jesús entró por nosotros, para que moremos en él, ahora, nosotros. Este Lugar Santísimo es un lugar celestial; pero no es el cielo, tal como se entiende generalmente, como un lugar específico, distinto y separado de la tierra. El cielo de Dios no está limitado en el espacio de la misma manera que un lugar en la tierra. Hay un cielo arriba, el lugar de la manifestación especial de Dios. Pero hay también un cielo espiritual, tan omnipresente como Dios mismo. Donde está Dios, allí es el cielo; el cielo de su presencia incluye también esta tierra. El Lugar Santísimo en el cual entró Cristo, y cuya entrada abrió para nosotros, es la luz inaccesible para la naturaleza, de la santa presencia y amor de Dios, la plena comunión y la unión con Él. En este Santísimo puede entrar el alma por la fe que nos hace uno con Cristo. Puede residir allí continuamente, porque Jesús, como vimos en el capítulo 7, permanece allí continuamente. El Espíritu Santo, que antes indicaba que el camino al Lugar Santísimo no estaba abierto todavía, por medio del cual Jesús vertió la sangre que abrió el camino y que en el día de Pentecostés dio testimonio en el corazón

de los discípulos de que ahora está abierto verdaderamente; nos aguarda, para hacernos ver lo que significa entrar allí y para hacernos entrar. Levanta el alma hasta el Lugar Santísimo; trae el Lugar Santísimo al alma. En el poder del Espíritu Santo podemos ahora morar junto a Dios y ante su presencia.

*Entremos en el Lugar Santísimo.* ¡Oh, qué glorioso mensaje! Durante quince siglos Israel tuvo un santuario con el Lugar Santísimo, en el cual nadie podía entrar bajo pena de muerte. Daba testimonio de que ningún hombre puede permanecer en la presencia de Dios, no puede permanecer en comunión personal con Él. Y ahora, ¡todo ha cambiado! Como cuando se cambia un aviso: «Se prohíbe la entrada», por otro que dice: «Entrada libre»; el velo está rasgado; el Lugar Santísimo está abierto; Dios nos espera para darnos la bienvenida en su seno. A partir de ahora puedes vivir con Él. Éste es el mensaje de la Epístola: ¡Hijo!, tu padre anhela que entres, que mores allí y no salgas ya más.

¡Oh, qué bendición es vivir en el Lugar Santísimo! En él se halla la faz del Padre y se puede saborear su amor. Aquí se revela su santidad y se deja participar al alma de ella. Aquí el sacrificio de amor y la adoración, el incienso de la oración y la súplica son ofrecidos con poder. Aquí el alma crece en la presencia de Dios y a una más entera conformidad en su semejanza. Aquí, en unión con Cristo en su incesante intercesión, nos atrevemos a tomar nuestro lugar como intercesores, y podemos tener poder con el Padre y prevalecer. Aquí el derramamiento del Espíritu sigue como una corriente incesante, como un río que rebosa, bajo el

trono de Dios y del Cordero. Aquí el alma asciende como en alas de águilas, su fuerza es renovada, y son impartidos la bendición y el poder y el amor con los cuales los sacerdotes de Dios pueden salir a bendecir a un mundo exánime. Aquí podemos experimentar cada día la unción renovada que nos permite salir a ser portavoces y testigos y cauces de la salvación de Dios para los hombres, los instrumentos vivos por medio de los cuales nuestro Bendito Rey obra su voluntad y realiza su triunfo final.

¡Oh, Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, permite que ésta sea nuestra vida!

1. *Una cosa he deseado del Señor y ésta buscaré; que pueda morar en la casa del Señor todos los días de mi vida, y contemplar la belleza del Señor e inquirir en su santo templo.» Aquí se cumple esta oración.*

2. *«¿No dijo Jesús: "Yo soy la puerta del redil"? ¿Qué es para nosotros el redil, hijitos? Es el corazón del Padre, del cual Cristo es la puerta que se llama la Hermosa. ¡Oh, hijitos, cuán dulce y cuán hermoso es que Él haya abierto esta puerta al corazón del Padre, la cámara del tesoro de Dios! Y allí dentro Él despliega sus riquezas escondidas, la proximidad y la dulzura de la compañía con Él»* (Tauler).

3. *Quizás hemos leído del padre o de los amigos de un individuo que compran y amueblan una casa para él como regalo de cumpleaños o de boda. Le llevan allí, y entregándole las llaves, le dicen: «Ésta es a partir de ahora tu casa.» ¡Hijo de Dios! El Padre te abre el Lugar Santísimo y te dice: «Ésta va a ser a partir de ahora tu casa.» ¿Cuál va a ser tu respuesta?*

# 2

# Libertad en la sangre de Jesús

*10:19. Teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santo por la sangre de Jesucristo.*
*10:22. Acerquémonos.*

*Entremos en el Lugar Santísimo.* Estas palabras nos traen el mensaje de la Epístola. Cristo ha abierto de modo efectivo el Lugar Santísimo para que nosotros podamos entrar en él y residir allí. El Padre quiere que sus hijos estén con Él en su santa mansión de amor y comunión, habitando allí continuamente. La Epístola procura juntarnos, congregarnos. Teniendo libertad para entrar, *¡acerquémonos!*

Es posible que algunos hayan entrado ya, como resultado del estudio de la Epístola; les ha sido revelado el misterio maravilloso de que el camino al Lugar Santísimo ha sido abierto; han dicho en fe: Señor, Dios mío, ¡entro! A partir de ahora vivo en tu lugar secreto, en el Lugar Santísimo. Y con todo, temen. No están seguros si el gran Sumo Sacerdote los ha hecho entrar. No saben de cierto si serán fieles, viviendo siempre

dentro del velo. No han comprendido todavía bien lo que esto significa: tener libertad para entrar.

Y puede que haya otros que han anhelado, con el corazón lleno de esperanza, recibir la llamada para entrar, pero que no se han atrevido a hacerlo todavía. El pensamiento de que un gusano pecador pueda morar cada día y todo el día en el Lugar Santísimo es demasiado para ellos. Se dan cuenta de su debilidad y sus fracasos, el sentido de su infidelidad personal es demasiado vivo, su experiencia del poder del mundo y de las circunstancias, de la debilidad de la carne y sus esfuerzos; todo ello es tan reciente que no les queda mucha esperanza de poder vivir una vida así. Piensan que otros pueden regocijarse en ella, pero que ellos tienen que contentarse sin poderla vivir. Y con todo su corazón no está contento.

A los tales, los que han entrado, pero no han podido acallar sus temores, y a los que temen entrar, les dice el Espíritu Santo: *Hoy, si quieres oír su voz, no endurezcas tu corazón. Teniendo libertad en la sangre de Jesús* para entrar en el Lugar Santísimo, acerquémonos. La libertad con la cual podemos entrar no es en primer lugar un sentimiento consciente de confianza; es un derecho y libertad objetivos, dados por Dios, de que entremos, ya que nos lo permite la sangre. La medida de nuestra libertad es el valor que Dios adscribe a la sangre de Jesús. Como nuestro corazón reposa su confianza sobre esta simple fe, el sentimiento de confianza y de gozo por nuestra parte vendrá también, y nuestra entrada será entre cánticos de alabanza y alegría.

*Libertad en la sangre de Jesús.* Todo depende de que captemos lo que esto significa. Si la sangre

es para nosotros lo que es para Dios, la libertad que Dios quiere darnos llena nuestros corazones. Como podemos ver en el capítulo 9, lo que la sangre ha efectuado al rasgar el velo y al purificar los cielos, y al dar a Jesús, el Hijo del Hombre, acceso a Dios, será la medida de lo que efectuará en nosotros, haciendo de nuestro corazón un santuario de Dios, y acomodándonos para una perfecta comunión con el Santo. Cuanto más honremos la sangre en su infinito valor, más demostraremos su poderosa energía y eficacia, al abrir el cielo para nosotros, y darnos, en su divino poder, la experiencia real y viva de lo que es la entrada en el Lugar Santísimo.

*La sangre de Jesús.* La vida es la sangre. Como el valor de esta vida, tal es el valor de esta sangre. En Cristo había la vida de Dios; infinito como Dios es el valor y el poder de esta sangre. En Cristo había la vida del hombre en su perfección; en su humildad, en su obediencia al Padre, y su autosacrificio que fue inefablemente agradable para el Padre. Esta sangre de Jesús, Dios y hombre, derramada en su muerte, que fue un perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, y una victoria perfecta sobre todas las tentaciones del pecado y del yo, efectuó una expiación permanente por el pecado, y lo apartó de en medio, destruyendo la muerte y al que tiene poder sobre ella. Por tanto, vemos que fue en la sangre de este pacto eterno que Jesús fue levantado de los muertos; que fue en su propia sangre, que entró en el cielo como nuestra cabeza y arras, y que esta sangre está ahora para siempre en el cielo, en el mismo lugar de honor en que está *Dios, el Juez de todos, y Jesús el Mediador* (12:24). Es por esta sangre,

ahora en el cielo ante Dios en favor nuestro, que tenemos libertad de entrar, incluso hasta el mismo Lugar Santísimo.

¡Queridos hermanos! ¡La sangre de Jesús! ¡La sangre del Cordero! ¡Oh, pensemos en lo que significa esto! Dios la dio para tu redención. Dios la aceptó cuando su Hijo entró en el cielo y la presentó en tu favor. Dios la tiene a la vista como el fruto, infinitamente agradable, de la obediencia de su Hijo hasta la muerte. Dios te la muestra y te pide que creas en la divina satisfacción que le da, en su energía omnipotente, en su eterna suficiencia. Oh, ¿no vas a creer que esta sangre te da, a ti, pecador débil como eres, libertad, confianza, atrevimiento para acercarte, para entrar en el mismo Lugar Santísimo? Sí, cree en ella, que la sangre, sólo la sangre, pero sí la sangre, con seguridad, te lleva a su misma presencia, hasta el lugar de comunión viva y permanente con el Dios eterno. Y que tu respuesta al mensaje de Dios respecto a la sangre, y a la libertad que te da, no sea menos que esto: que este mismo momento vas con la mayor confianza a tomar tu lugar en la comunión más íntima con Dios. Y si tu corazón te condena, o tu frialdad te parece que te prohíben la entrada, no descanses hasta que creas y pruebes por completo el poder de la sangre en el mismo hecho de acercarte. *Teniendo libertad por la sangre de Jesús, ¡acerquémonos!*

*1. ¿Cuál es ahora mayor a tu vista: tu pecado o la sangre de Jesús? Sólo puede haber una respuesta. Luego, acércate, y entra en el Lugar Santísimo. Hasta ahora tu pecado te ha impedido la entrada; ahora, deja que la sangre te lleve cerca. Y la sangre te dará libertad y el poder de permanecer.*

*2. «Una gota de esta sangre, saliendo del Lugar Santísilo del alma, perfecciona la conciencia, deja que no haya más conciencia de*

*pecado y nos hace posible vivir en comunión con el Padre y el Hijo. Un alma así, rociada con la sangre, puede gozar de los tesoros celestiales, y realizar el servicio celestial del Dios vivo.»*

*3. Y esta sangre tiene un poder purificador celestial tal que puede mantener al alma pura. «Si andamos en luz como Él está en luz», si vivimos en el Lugar Santísimo, a la luz de su rostro, «tenemos comunión entre nosotros, y la sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado», de modo que el pecado ya no puede tocarnos, por lo que no perdemos la comunión con el Padre.*

*4. Puedes entender cuánto anhela el corazón del Padre el que sus hijos se acerquen con libertad. Él dio la sangre de su Hijo para hacerlo posible. Honremos a Dios, y honremos la sangre, entrando en el Lugar Santísimo con la mayor libertad.*

*5. Cerca, tan cerca de Dios,*
*más cerca no puede ser,*
*pues en su Hijo Jesús*
*estoy tan cerca como Él.*

# 3

# El camino nuevo y vivo

*10:19. Así que, hermanos, teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él abrió para nosotros a través del velo, esto es, de su carne;*
*22. acerquémonos.*

El Lugar Santísimo está abierto para que nosotros podamos entrar en él y aparecer ante Dios, para morar y servir en su misma presencia. La sangre del Sacrificio para siempre, llevada al cielo para purificar todo pecado para siempre, es nuestro título y nuestra libertad para entrar. Ahora viene la pregunta: ¿Cuál es el camino que lleva allí y la puerta abierta, por la cual hemos de pasar si queremos entrar? Este camino, el único camino, el camino infalible, es *un camino nuevo y vivo, que Jesús abrió para nosotros a través del velo, esto es, de su carne.* La libertad la tenemos por la sangre, y es la libertad de acceso que Jesús ganó para nosotros, cuando consideramos su muerte como la de nuestro sustituto, que hizo lo que nosotros no podíamos ha-

cer: redención de las transgresiones y apartar el pecado para siempre. *El camino nuevo y vivo, a través del velo, esto es, su carne,* hace referencia a su muerte, considerada como la de nuestro Guía y Precursor, que abrió el camino hacia Dios, en el cual Él anduvo primero, y por el que luego nos señala que le sigamos. La muerte de Jesús fue no sólo la apertura o inauguración del nuevo santuario y del nuevo pacto, sino también del nuevo camino para entrar en la santa presencia y comunión de Dios. Todo el que acepta por la fe la sangre que Él derramó, como su libertad para entrar, debe aceptar, también, el camino que Él abrió, como lugar por donde andar.

Y ¿cuál fue este camino? *El camino a través del velo, esto es, su carne.* El velo es la carne. El velo que separaba al hombre de Dios era la carne, la naturaleza humana bajo el poder del pecado. Cristo vino a semejanza de carne pecadora y permaneció con nosotros aquí, fuera del velo. El Verbo se hizo carne. También de la misma manera participó de carne y sangre. *En los días de su carne,* fue tentado como uno de nosotros; ofreció oración y suplicación con gritos y lágrimas. Aprendió obediencia hasta la muerte. Nuestra voluntad es nuestra vida. Él dio su propia voluntad a la muerte para hacer la voluntad de Dios tan sólo. A través del velo rasgado de su carne, su voluntad, su vida, rendida ante Dios en la muerte, entró en el Lugar Santísimo. Habiendo sido hecho a semejanza de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte. Por lo cual también le ha exaltado Dios sobremanera. A través del velo rasgado Jesús se elevó al trono de Dios. Y éste es el camino que abrió para nosotros. En la muerte para nuestra voluntad, vivimos para Dios

y su voluntad. El mismo camino en que Él, como sustituto nuestro, realizó nuestra redención, es el camino que nos ha abierto para que andemos en él, el camino de la obediencia a la voluntad de Dios. «Cristo sufrió por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pasos.» Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, es literal y plenamente nuestro Guía y Precursor, así como nuestro Sustituto y Redentor.

Su camino es nuestro camino. De la misma manera que no podía abrir y entrar en el Lugar Santísimo para nosotros, a menos de hacerlo en su camino de sufrimiento y obediencia y sacrificio, tampoco podemos nosotros entrar a menos que andemos en el mismo camino. Jesús dijo esto a sus discípulos respecto a sí mismo: «A menos que el grano de trigo caiga en el suelo y muera, permanece solo. El que aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna.» La ley de vida de Pablo es la ley de vida para todo creyente: «Llevando en el cuerpo la muerte de Jesús para que la vida de Jesús sea también manifestada en nuestro cuerpo.» El camino al Lugar Santísimo es el camino del velo rasgado, el camino del sacrificio y la muerte. No hay otro camino para que podamos librarnos del pecado, excepto el camino de Jesús: todo aquel que acepta la obra terminada de Jesús acepta lo que constituye su espíritu y su poder; lo mismo es para el Maestro que para todo hombre: el apartar el pecado por medio del sacrificio del yo. La muerte de Cristo fue algo enteramente nuevo, y así también su vida resurrecta, una vida fuera de la muerte, tal como nunca se había conocido. Esta nueva muerte y nueva vida constituyen un camino nuevo y vivo, en el cual hemos de andar, un camino de vida en el cual podemos acercarnos a Dios.

Lo mismo que cuando Cristo habló de tomar su carne como alimento diario, también aquí, cuando el Espíritu Santo habla de tomar el velo rasgado de su carne como nuestra vida diaria, muchos dicen: Éste es un dicho difícil; ¿quién puede escucharlo? ¿Quiénes pueden ser salvos? Para los que quieren y obedecen y creen, todo es posible, porque es un *camino nuevo y vivo.* Un nuevo camino. La palabra significa: reciente, fresco, un camino que no se marchita ni se hace viejo (8:13), sino que siempre retiene su perfección y frescura iniciales. Es el camino que Jesús abrió, «cuando quitó lo primero para poder establecer lo segundo» (10:9), y mostró que no era en los holocaustos, sino en el sacrificio de su propia voluntad a la voluntad de Dios, aquello en que Dios se deleitaba. Un camino vivo. Un camino siempre requiere que el que avanza por él lo haga con sus propias fuerzas; no imparte ni vida ni fuerza. Este camino, el camino de la obediencia, el sacrificio y el sufrimiento, el autosacrificio y la muerte, sin embargo, por difícil que parezca, y aunque a la naturaleza le sea totalmente imposible, es un camino vivo. No sólo abre el paso, sino que proporciona la fuerza necesaria para hacer progresar al viajero. Actúa en el poder de la vida perdurable, en la cual Cristo fue hecho Sumo Sacerdote. Vimos cómo vigila el Espíritu Santo sobre el camino al Lugar Santísimo, y que Él, como eterno Espíritu, hizo posible a Cristo, que abriera el camino, el que se ofreciera a Sí mismo sin mancha a Dios; es el Espíritu quien con poderosa energía satura este camino e inspira en él vida divina. Cuando somos hechos partícipes de Cristo, cuando vamos a Dios por medio de Él, su vida, la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, toma pose-

sión de nosotros, y en su fuerza seguimos las pisadas de Cristo Jesús. El camino al Lugar Santísimo es un camino vivo de perfecta conformidad a Jesús, obrado en nosotros por su Espíritu.

*El camino nuevo y vivo por medio del velo rasgado al Lugar Santísimo.* Sabemos ahora lo que es: es el camino de muerte. Sí, el camino de muerte es el camino de vida. El único camino que nos puede hacer libres de nuestra naturaleza caída, de la maldición y el poder del pecado que implica el permanecer en ella, es morir para esta naturaleza. Jesús se negó a sí mismo y no quiso hacer nada para agradas a la naturaleza que había tomado, aunque en Él no era pecaminosa. La negó; murió a ella. Renunció a su propia voluntad para hacer sólo la voluntad de Dios. Éste fue para Él el camino de vida. Y éste es para nosotros el camino vivo. Acepta la voluntad de Dios en todas sus providencias. Obedece la voluntad de Dios en todo orden de la naturaleza según su Palabra. Procura hacer la perfecta voluntad de Dios en toda dirección del Santo Espíritu. Jesús dijo: «He venido para hacer tu voluntad, oh Dios.» Y que la voluntad de Dios sea el único objetivo de tu vida. Sera para ti como fue para Él, aunque conduzca a través de la muerte: el camino a Dios y a la vida. Cuando le conocemos a Él en el poder de su resurrección, Él nos conduce en conformidad con su muerte. Lo hace en el poder del Espíritu Santo. Y así su muerte y su vida, la nueva muerte y la nueva vida de liberación del pecado y comunión con Dios, que ha sido inaugurada por Él, por su muerte por su propia voluntad, y su permanecer en la voluntad de Dios, todo esto Él lo obra en nosotros y somos llevados en la voluntad de Dios, como Él

fue, a donde Él está. Teniendo, pues, entera libertad para entrar en el Lugar Santísimo por el camino nuevo y vivo, acerquémonos.

*1. Cuando un creyente, por primera vez, hace uso de la libertad que tiene por la sangre y entra en el Lugar Santísimo, no entiende todo lo que significa el camino nuevo y vivo. Basta con que su corazón sea recto, y él esté dispuesto a negarse a sí mismo y tomar su cruz. A su debido tiempo le será revelado lo que es la plena comunión con su Señor en el camino que Él ha abierto, de obediencia hasta la muerte.*

*2. El camino nuevo y vivo no es sólo el camino en el que hemos de entrar una vez, sino el camino en que hemos de andar diariamente, para entrar más y más profundamente en el amor y la voluntad de Dios.*

*3. El camino de vida es el camino de muerte. Esta vida caída, este yo, son tan pecaminosis y fuertes, que no hay manera de librarse de ellos si no es por la muerte. Pero, ¡alabado sea Dios!, el camino de muerte es el camino de vida; en el poder de la resurrección de Cristo y de su permanencia nos atrevemos a andar con Él.*

*4. Que todos los que quieren permanecer en la presencia secreta de Dios todo el día, ahora, inmediatamente y para siempre, acepten y entren en el camino nuevo y vivo; Jesús, por su Santo Espíritu, los guardará en él y los guiará por él.*

# 4

# Un gran sacerdote sobre la casa de Dios

*10:21. «Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos.*

Hemos dicho antes que entre los símbolos del culto de adoración bajo la ley mosaica, había especialmente cuatro de ellos que, como tipos del ministerio de la futura redención, requieren atención. Estos cuatro eran: el Santuario, la Sangre, el Camino al Lugar Santísimo y el Sacerdote. Los tres primeros, todos ellos celestiales, los hemos considerado; ahora vamos a llegar al cuarto, el principal y mejor de todas: una Persona viva, Jesús, un gran Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios. El saber lo que Él ha ganado para mí, la entrada en el Lugar Santísimo; la obra que hizo para conseguirlo, el derramar su sangre; la forma en que yo tengo que entrar en el gozo de todo ello, son cosas todas ellas muy preciosas. Pero hay algo mejor todavía: es que el mismo Hijo de Dios, vivo y amante está allí personalmente para recibirme, para hacerme partícipe de toda la bienaventuran-

za que Dios tiene para mí. Éste es el punto principal: tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios, un gran Sumo Sacerdote que está sentado a la diestra de la majestad de los cielos; por tanto, hermanos, acerquémonos.

Y ¿cuál es la obra que necesitamos que Jesús haga en favor nuestro? ¿No ha sido hecho ya todo? El Lugar Santísimo está abierto. Tenemos libertad de entrar en él por la sangre. El camino ha sido abierto y nos lleva a él. ¿Qué más tiene que hacer Jesús por nosotros? Nada más; todo ha sido terminado, una vez para siempre. Y ¿por qué ha sido designado como gran Sacerdote sobre la casa de Dios? Porque, por encima de todo, le necesitamos a Él, el Jesús vivo, para hacer que toda esta obra sea vida y verdad en nosotros; sí, que Él mismo sea la vida y la verdad en nosotros. Y ¿qué es lo que podemos esperar de Él? Lo que necesitamos y lo que esperamos de Él es que Él obre de tal forma en nosotros que la obra que ha hecho por nosotros pueda llegar a ser real dentro de nosotros, como una experiencia personal del poder de la vida eterna de la que Él se ha constituido Sacerdote. «Porque Él vive para siempre —leemos— puede salvar completamente.» La salvación es algo subjetivo, experimental, manifestado en la paz y santidad de corazón que Él da. Nosotros, nuestra vida, nuestro hombre interior, nuestro corazón, nuestra voluntad y afectos, todo debe ser librado del poder del pecado, y debe saborear y gozar el poner de lado el pecado como una experiencia bendita. En nuestro mismo corazón hemos de hallar y sentir el poder de su redención. La gracia redentora y el triunfo de Jesús han de hallarse enraizados tan profundamente en nosotros, como lo estaba el pecado, con su poder y dominio.

Su obra única como Sacerdote sobre la casa de Dios es llevarnos al Lugar Santísimo y hacernos posible que vivamos allí. Esto lo hace poniendo en armonía, simpatía y comunión a Dios y al alma. Vimos en el capítulo 8 que, como Ministro del Santuario, Jesús hace todo lo que hay que hacer en el cielo con Dios; como, en calidad de Mediador del nuevo pacto, Él hace todo lo que hay que hacer aquí en la tierra, en nuestro corazón; lo uno de modo tan efectivo como lo otro. Los dos cargos están unidos en el de un gran Sacerdote; en cada acto suyo une las dos funciones, para el alma que sabe lo que ha de esperar y confía en Él para ello. cada movimiento de Jesús en favor nuestro en la presencia de Dios puede tener su correspondiente movimiento en el corazón del hombre.

Y ¿cómo se efectúa todo esto? En virtud de su unión con nosotros, y nuestra unión con Él. Jesús es el Segundo Adán; la nueva Cabeza de la raza. Lo es en virtud de su verdadera humanidad, teniendo en Él el poder de la verdadera divinidad que lo llena todo. Tal como Adán fue nuestro precursor en la muerte, y tenemos todo el poder de su pecado y muerte obrando en nosotros y arrastrándonos, también tenemos a Jesús como nuestro Precursor en la presencia de Dios, con todo el poder de su muerte y su vida resurrecta obrando en nosotros, y acercándonos y elevándonos con divina energía a la presencia del Padre. Dios no se deleita en comunicar con nada sino con la imagen de su Amado Hijo. No puede haber verdadera adoración o acercarse a Dios, excepto en cuanto somos como Cristo, y vamos a Él con su espíritu y su disposición en nosotros. Y ésta es ahora su obra, como Sumo Sacerdote para acercarnos a

Dios: nos inspira su disposición en nosotros, y nosotros nos acercamos a Dios, en unión viva con Él. Sí, Jesús con su vida divina y celestial, en el poder del trono en el cual está sentado, ha entrado en lo más profundo de nuestro ser, donde Adán y donde el pecado hacen su obra, y allí está llevando a cado de modo incesante su obra de elevarnos al cielo hacia la presencia de Dios, y hacer de la presencia celestial de Dios aquí en la tierra nuestra porción.

Y ¿por qué es que gozamos tan poco de esto? Y ¿qué es necesario para que lleguemos a su pleno goce? Y ¿cómo puede Jesús llegar a ser verdaderamente nuestro Sumo Sacerdote, dándonos su verdadera vida en el Lugar Santísimo? Una gran razón que explica nuestro fallo es algo sobre lo que insiste la Epístola: nuestra ignorancia de la verdad y perfección espiritual que trata de enseñarnos, y especialmente ignorancia del testimonio que da el Espíritu Santo respecto al Lugar Santísimo. Y lo que necesitamos es precisamente esto, que el Santo Espíritu mismo, que Jesús en el Espíritu Santo, sea atendido y aceptado, y que confiemos en Él para que pueda hacer su obra en poder. Guarda firmemente esta verdad, que cuando nuestro gran Sumo Sacerdote entró una vez por todas en el Lugar Santísimo y se sentó en el trono, el Santo Espíritu fue enviado en su poder a los corazones de sus discípulos, en los cuales el Sumo Sacerdote celestial pasó a ser un Salvador presente y permanente, trayendo con Él en nuestros corazones la presencia y el amor de Dios. Este don pentecostal, en el poder de Cristo glorificado, es el cauce indispensable del sacerdocio de Jesús. Nada excepto la plenitud del Espíritu en la vida cotidiana, haciendo a Jesús presente en noso-

tros, puede mantenernos en la presencia de Dios como una experiencia plena. Jesús no es un Sumo Sacerdote externo, que pueda salvarnos a distancia. No, como Segundo Adán, está en nosotros o no está para nosotros en ninguna parte. La razón por la cual la verdad de su Sacerdocio Celestial es incapaz de obrar con tanta frecuencia es porque nosotros lo miramos como algo externo, distante, una obra que tiene lugar en el cielo, encima de nosotros. La única cura para este mal es que sepamos que nuestro gran Sacerdote sobre la casa de Dios es el Jesús glorificado, que en el Santo Espíritu está presente en nosotros, y hace su presencia y poder en el cielo por el Espíritu Santo tan presente y real dentro de nosotros, como lo es arriba de nosotros, en el cielo.

Él es Sacerdote sobre la casa de Dios, el lugar en el cual Dios reside. Nosotros somos su casa también, y de modo tan seguro como Jesús ministra en el santuario arriba, Él, momento tras momento, ministra en el santuario dentro. Por tanto, hermanos, teniendo —no sólo un don, no sólo una posesión de derecho, sino en nuestros corazones, en nuestro interior— un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos. Que Jesús mismo, en el trono, en su poder y amor, sea el único deseo, esperanza y gozo de nuestros corazones, Él sostendrá su obra en nosotros de modo tan maravilloso como Él la ha realizado para nosotros.

1. *¡Teniendo un gran Sacerdote! Sabes mucho sobre Jesús, pero ¿sabes esto, que su obra principal y más comprensiva es llevarnos cerca, sí cerca, de Dios? ¿Ha hecho esto para ti? Si no, pídeselo y confía que lo hará.*

2. *Es a Jesús mismo a quien quiero. Sólo Él puede satisfacerme. Es por medio de la fe santa en Jesús, nuestro amigo compasivo, en el santo nombre de Jesús, que nos llama hermanos, que podemos*

*acercarnos a Dios. La presencia de Dios será sentida sólo en un corazón rendido a Jesús, cuya confianza, amor y devoción sean sólo en Jesús.*

*3. ¡Tenemos un gran Sumo SAcerdote! Sí, digo, le tengo a Él. En todo su poder y amor Él es mío; y le dejo que haga su obra. Él permanece en mí continuamente; por tanto, nosotros podemos permanecer continuamente en la vida bienaventurada, en el secreto de la presencia de Dios.*

# 5

# Con un corazón sincero

*10:25. Acerquémonos... con corazón sincero.*

Hemos estado considerando las cuatro grandes bendiciones del nuevo culto de adoración por medio de las cuales Dios nos anima a que nos acerquemos más a Él. Hemos de ver lo que son las cuatro grandes cosas que Dios busca en nosotros cuando nos acercamos a Él. De éstas, la primera es un corazón sincero, verdadero.

En la naturaleza del hombre, el corazón es el poder central. Tal cual es el corazón es el hombre. El deseo y las decisiones, el amor y el odio del corazón demuestran lo que un hombre es ya, y decide lo que ha de ser. De la misma forma en que juzgamos el carácter físico de un hombre, su tamaño y fuerza, su edad y sus hábitos, por la apariencia externa, del mismo modo el corazón nos da el verdadero hombre interior: su carácter; y «el hombre escondido del corazón» es lo que Dios considera. Dios nos ha dado en Cristo acceso al lugar secreto de su morada, al santuario interno de su presencia y su corazón; no es de extrañar, pues, que lo primero que pregunta, al llamarnos

a sí, es sobre el corazón, el corazón verdadero; nuestro ser interior tiene que haberse rendido a Él, ser verdadero, sincero de veras.

La verdadera religión es cosa del corazón. Un hombre puede acercarse a Dios sólo cuando el deseo de su corazón está fijo en Dios, todo su corazón está buscando a Dios, cuando su amor y su gozo están en Dios. El corazón del hombre fue expresamente creado y dotado de todas sus potencias de tal modo que fuera capaz de recibir y gozar de Dios y de su amor. Un hombre no puede tener más religión, santidad, amor o salvación, no puede tener más de Dios que lo que tiene en su corazón. Lo que tiene un hombre de religión y de salvación es lo que tiene en el interior de su corazón. En la medida en que Cristo, por medio de su Espíritu, está dentro del corazón, haciendo los pensamientos y la voluntad de este hombre como los suyos, hasta este punto este hombre es aceptable a Dios en su servicio y en su adoración. El Reino de Dios consiste enteramente en el estado del corazón. Por tanto, Dios no puede pedir más que el corazón, un corazón verdadero y puro.

Lo que significa la palabra verdadera lo vemos en el uso que se hace de la palabra previamente (8:2 y 9:24), el «verdadero» tabernáculo, y, el Lugar Santo, que son figuras de los verdaderos. El primer tabernáculo fue sólo una figura y una sombra del verdadero. Había, cierto, servicio religioso y adoración, pero carecía de poder real permanente; no podía hacer al adorador perfecto. La verdadera imagen, la sustancia y la realidad de las cosas celestiales mismas nos las trajo solamente Cristo. Y Dios nos pide que, correspondiendo al verdadero santuario, haya un corazón verdadero. El antiguo pacto, con su tabernáculo y su

culto, que no era sino una sombra, no podía hacer recto el corazón de Israel. En el nuevo pacto hay la promesa primera de Dios: «Escribiré mi ley en el corazón: te daré un nuevo corazón.» Como nos ha dado a su Hijo lleno de gracia y de verdad, en el poder de la vida eterna, para obrar en nosotros como Mediador del nuevo pacto, para escribir su ley en nuestros corazones, nos llama para que nos acerquemos con corazón verdadero.

Dios nos pide el corazón. ¡Ay, cuántos cristianos le sirven todavía en el servicio del antiguo pacto! Hay ocasiones para leer la Biblia y para orar y para ir a la iglesia. Pero cuando se nota lo rápida y lo natural y alegremente que el corazón, tan pronto como ha sido liberado de las restricciones, se vuelve a las cosas del mundo, uno se da cuenta de lo poco que ha sido afectado el corazón; no es una adoración con corazón verdadero, de todo el corazón. El corazón, con su vida y su amor y su gozo, no ha sido fundado todavía en Dios como su bien supremo. La religión es más bien una cosa de la cabeza y sus actividades, una imaginación, una concepción y deseos, los cuales no son sino las antiguas figuras y sombras otra vez, en vez de ser el corazón y su vida; es mucho más una cosa de la voluntad humana y su poder que del Espíritu que Dios nos envía. En cambio, el Espíritu de Jesús hace de cada palabra de confesión de pecado, de cada acto de entrega a la voluntad de Dios, de cada acto de confianza en su gracia, una realidad viva, una expresión verdadera de nuestro ser íntimo. Esto constituye el verdadero corazón.

Y nos llega la invitación: «Acerquémonos con corazón sincero.» Que nadie se retraiga por temor: «mi corazón no es sincero.» No hay manera

de obtener un corazón sincero sino poniéndolo en acto. Dios te ha dado, como hijo suyo, un nuevo corazón, un don maravilloso, si tú pudieras darte cuenta. A causa de tu ignorancia, tu falta de fe, tu desobediencia, el corazón se ha vuelto débil y marchito; sus latidos se pueden sentir todavía, sin embargo. La Epístola, con todas sus solemnes amonestaciones y su bendita enseñanza, ha venido para estimularlo y sanarlo. Tal como Cristo dijo al hombre de la mano paralizada: Levántate, Él te llama a ti, desde su trono en el cielo: Levántate y ven y entra con un corazón sincero. Cuando tú vacilas y miras dentro de ti para ver si sientes y para hallar si tu corazón es verdadero, y en vano procuras hacer lo necesario para que sea sincero, Él te llama de nuevo. «Extiende tu mano.» Cuando Él dijo esto al hombre de la mano paralizada, a quien había dicho que se levantara y se pusiera de pie delante de Él, el hombre sintió el poder de los ojos y la voz de Jesús y extendió la mano. Haz tú lo mismo, levántala, extiende tu mano y llega a este marchito corazón tuyo, que ha estado sumido en su propia impotencia, extiende tu mano y será hecho sano. En el mismo acto de obediencia a la llamada a que entres, se demostrará que es un corazón sincero, un corazón dispuesto a obedecer y a confiar en su bendito Señor, un corazón dispuesto a darlo todo, y a hallar su vida en el secreto de su presencia. Sí, Jesús, el gran Sacerdote sobre la casa de Dios, el Mediador del nuevo pacto, con el nuevo corazón dispuesto para ti, te llama: Acércate con el corazón sincero.

Durante estos últimos años Dios ha estado despertando a su pueblo y llamándolo a la búsqueda de la santidad, esto es, a buscar la entrada en el Lugar Santísimo, una vida en plena comu-

nión con Él, el Santo. En la enseñanza que Él ha estado usando para este fin, hay dos palabras que se hallan en primer plano: consagración y fe. Éstas son precisamente las que están aquí primero: un corazón sincero y la plenitud de fe. El corazón sincero no es nada más que la verdadera consagración, el espíritu que anhela vivir plenamente por Dios, que con alegría lo entrega todo para que pueda vivir totalmente para Él, que, sobre todo, se entrega a sí mismo, como la clave de la vida interior, bajo su guarda y su autoridad. La verdadera religión es una vida interior, en el poder del Espíritu Santo. El verdadero corazón entra realmente en el verdadero santuario, el bendito secreto de la presencia de Dios, para permanecer en él toda la vida. Entremos en el santuario interior del amor de Dios, y el Espíritu entrará en el santuario interior de nuestro amor, en nuestro corazón. Acerquémonos con un corazón sincero: anhelante, dispuesto, entregado totalmente a desear y recibir la bendición.

1. *Si consideras tu propia constitución, verás que la cabeza y el corazón son los dos grandes centros de vida y acción. Mucho pensar y estudiar llenan la cabeza y la cansan. Las emociones fuertes y la excitación afectan al corazón. Dios lo que pide es el corazón: el poder de desear, de sentir y de la voluntad. El corazón y la cabeza obran en conjunto, en sociedad. Dios nos dice que el corazón debe regir y dirigir; que es el corazón lo que Él quiere. Nuestra religión ha sido excesivamente de la cabeza: oír, leer y pensar. Procuremos que éstos no nos hagan descarriar. Pongámoslos de lado de vez en cuando. Demos al corazón oportunidad para afirmar su supremacía. Acerquémonos con un corazón sincero.*

2. *Un corazón sincero, verdadero en lo que dice y en lo que piensa de sí mismo; verdadero en lo que dice que cree de Dios; verdadero en lo que profesa dar a Dios y recibir de Él.*

3. *Éste es el corazón que Dios quiere para morar en él. Es en el estado del corazón que Dios quiere probar su poder para bendecir. El amor y el gozo de Dios han de ser conocidos en el corazón. Acerquémonos con un corazón sincero.*

# 6

# La plenitud de la fe

*10:22. Acerquémonos en plena certidumbre de fe.*

En realidad la traducción exacta tendría que ser: «plenitud de fe. La certidumbre de la fe se refiere sólo a la fuerza y la confianza con que creemos. La verdad que aceptamos puede ser muy limitada y deficiente, y nuestra certidumbre de ella puede ser más una convicción cierta de la mente que una aprehensión viva del corazón. En ambos casos, la plenitud de la fe expresa lo que necesitamos, una fe que incluye objetivamente todo lo que Dios ofrece en ella en su plenitud, y subjetivamente todo el poder de nuestro corazón y vida, en su plenitud. Acerquémonos en plenitud de fe.

Aquí hay sin duda necesidad de plenitud de fe, si es que es necesaria en alguna parte, para que podamos recoger toda la plenitud de la provisión que Dios ha hecho, y de las promesas que estamos esperando heredar. Llega a un hombre pecador el mensaje de que puede tener su residencia permanente en el Santísimo; esto es, tener a Dios más

cerca que al amigo de la tierra más cercano, que puede vivir en una comunión ininterrumpida con el Altísimo Dios. Recibe la seguridad de que la sangre de Cristo puede limpiar su conciencia con tal poder que puede acercarse a Dios con una conciencia perfecta y una indudable confianza, y puede pedir y esperar vivir siempre bajo la clara luz del rostro de Dios. Recibe la seguridad de que el poder del Espíritu Santo, procedente del Lugar Santísimo, puede hacerle posible andar exactamente en el mismo camino en que anduvo Cristo, en su camino hacia Dios, y hacer que el camino para él sea un camino nuevo y vivo, sin decaimiento o cansancio en su progreso. Ésta es la plenitud de la fe a la que somos llamados. Pero, por encima de todo, hay el poder mirar a Jesús en toda la gloria en que nos ha sido revelado en la Epístola, como Dios y Hombre, como Guía y Precursor, como Melchisedec, como Ministro del Santuario y Mediador del nuevo pacto, en una palabra, como nuestro gran Sacerdote sobre la casa de Dios. Y, mirándole, podemos requerir que Él haga por nosotros esto: el llevarnos cerca y, aun en la tierra, el hacer que residamos sin interrupción en la presencia del Padre.

La fe siempre maneja y está envuelta en imposibles. Su única regla o medida es lo que Dios ha dicho que es posible para Él. cuando miramos nuestras vidas y sus fracasos, nuestros pecados y debilidades, y a los que nos rodean, nos vendrá la idea: ¿Es para mí? ¿Puedo esperarlo yo? ¿No es vano que yo piense en ello o lo busque? ¡Alma! El Dios que te ha redimido, cuando eras un enemigo, con la sangre de su Hijo, ¿qué piensas de Él? ¿No estaría dispuesto a recibirte en su corazón? El que levantó a Jesús, cuando murió bajo la maldi-

ción de tus pecados, de la muerte en la tumba y le llevó al trono de su gloria, ¿no es capaz de tomarte también a ti, y darte un lugar dentro del velo? Créelo. Él desea hacerlo, puede hacerlo. Su hogar y su corazón tienen lugar para ti ahora. Acerquémonos en plenitud de fe.

*En plenitud de fe.* La palabra se refiere también a la medida de fe plena que se encuentra cuando todo el corazón está lleno y poseído por ella. Lo que pasa es que la debilidad de nuestra fe es debida a que consiste más bien en una persuasión confiada de la mente en la verdad que Dios nos dice, que en una aprehensión viva de las realidades espirituales de esta verdad en el corazón. El Espíritu Santo nos pide primero un corazón sincero, y luego, inmediatamente, como primer ejercicio, una plenitud de fe. Hay una fe de percepción, una fe de deseo, una fe de confianza en la verdad de la palabra, una fe de aceptación personal. Hay una fe de amor que abraza, y una fe de voluntad que abarca, una fe de sacrificio que lo da todo, y una fe de desesperación que abandona toda esperanza en sí misma, y una fe de descanso que espera sólo en Dios. Todo esto está incluido en la fe del corazón sincero, la plenitud de la fe, y se rinde a Dios para que haga su obra. En plenitud de fe acerquémonos.

En plenitud de fe, no certidumbre de pensamiento. Lo que Dios está a punto de hacer en ti es sobrenatural, por encima de lo que puedes pensar. Es un amor que sobrepasa el conocimiento y que va a tomar posesión. Dios es incomprensible, escondido. El Santo Espíritu es la obra y la presencia de Dios incomprensible, secreta. No trates de entenderlo todo. Acércate, se nos dice, no con una cabeza clara, pero sí con un corazón sincero.

Confía en Dios para que haga por ti más de lo que puedes entender, en plenitud de fe.

En plenitud de fe, y no en plenitud de sentimiento. Cuando llegas, cerca del Lugar Santísimo abierto, oyes la voz de Aquel que reside entre los querubines que te dice que entres; y cuando miras —un buen rato, sin duda— para entrar y residir allí, la voz te dice: «¡Acércate con el corazón sincero!» Tu respuesta es: «Sí, Señor; con todo mi corazón, con este corazón nuevo. Tú me lo has dado, Tú mismo.» Te rindes, para vivir solo y siempre en su presencia y para su servicio. La voz habla de nuevo: «Que sea hoy. Ahora, en plenitud de fe.» Tú has aceptado lo que te ofrece. Tú has dado lo que te pide. Tú crees que Él ha aceptado el ofrecimiento. Tú crees que el gran Sacerdote sobre la casa toma posesión de tu vida interior, y la ofrece delante de Dios. Y tú te maravillas de que sientas tan poco cambio. Tus sentimientos son como eran antes. Ahora es el momento de escuchar la voz: En plenitud de fe, no de sentimiento. Mira a Dios, que es capaz de hacer, arriba, lo que le pedimos o pensamos. Confía en su poder. Mira a Jesús en el trono, viviendo allí para hacerte entrar. Reclama el Espíritu del que ha sido exaltado, como su don pentecostal. Recuerda que éstos son misterios divinos y espirituales de gracia, que te serán revelados. Aparte del sentimiento, y aunque sea sin sentimiento, en plenitud de fe, en fe simple y pura, que honra a Dios, entra. Considérate vivo para Dios en Cristo Jesús, llevado a su presencia, su amor, su mismo corazón.

*1. Sed seguidores de aquellos que, por la fe y la longanimidad heredaron las promesas. La fe acepta y se regocija en el don; la longa-*

*nimidad espera el pleno goce; y así la fe a su debido tiempo hereda, y la promesa pasa a ser una experiencia. Por la fe toma tu lugar al instante en el Lugar Santísimo; espera en el Espíritu Santo, en tu vida interior, para que te revele el poder de Dios; tu Sumo Sacerdote cuidará de que heredes la bendición.*

2. *En la plenitud de todo el corazón acepta la plenitud de la salvación de Dios, esto es, lo que Dios requiere.*

3. *Como en el cielo, así también en la tierra. Cuanto más miro a la plenitud de la gracia en Cristo, más crecerá en mí la plenitud de la fe. De su plenitud hemos recibido, y gracia por gracia.*

4. *El apóstol va a dedicar todo un capítulo a mostrar lo que implica esta fe. Sigamos estudiándolo con el objetivo para el cual se nos da: el entrar en esta vida, en la voluntad y el amor de Dios, que Jesús vino a asegurar para nosotros.*

# 7

# Nuestros corazones purificados

*10:22. Acerquémonos... con los corazones purificados de mala conciencia.*

En el versículo 19 tenemos la libertad por la sangre de Jesús, como una de las cuatro cosas preciosas preparadas para nosotros por Dios. Es la libertad o derecho real que la sangre de Jesús nos da, aparte del uso que hagamos de ella. Junto con el santuario abierto y el camino vivo y el gran Sacerdote, la sangre y nuestra libertad en ella es una realidad celestial que espera nuestra fe y nuestra aceptación. Aquí se menciona la sangre por segunda vez, y nuestro ser rociados o purificados con ella como una de las cosas que Dios nos pide. Es en la aplicación personal y en la experiencia del poder de la sangre que nos hemos de acercar. El sentido de la purificación del corazón por la sangre puede ser, tiene que ser algo de que somos conscientes sin interrupción; así permaneceremos continuamente en la presencia de Dios. Esta segunda mención de la sangre está de acuerdo con lo que vimos en el capítulo 9, su doble rociamiento. Primero, Cristo entró con la sangre en

el cielo, para limpiar todo lo celestial, para cumplir el tipo del rociamiento en el propiciatorio. Mostró su poder con Dios al purificar los pecados. Y luego leemos de su purificación de nuestra conciencia. La sangre que ha tenido su poderosa operación en el cielo mismo, aplica ahora su gran poder en nuestros corazones. Nos hace partícipes de una purificación divina y eterna. En el cielo el poder de la sangre se demostró que es infinito e inconmensurable, incesante y eterno, dando libertad para entrar, como entró Cristo. Cuando el alma aprenda a creer y regocijarse en este poder celestial de la sangre, reclamará y recibirá el mismo poder en el corazón; Jesús nos limpia con su sangre, con un lavamiento tal que no tiene lugar a ocasiones o intervalos, sino con el poder de su vida sin fin, en una experiencia continua, y nosotros sabemos por fe lo que es, como una realidad celestial, un corazón purificado de una mala conciencia. Andamos como aquellos cuyos vestidos han sido lavados y emblanquecidos. Y se nos da gracia, durante toda la vida en la tierra, para mantener nuestros vestidos inmaculados (Apocalipsis 3:4).

Siempre habrá armonía entre una casa y los que viven en ella, entre un ambiente y la vida que prospera en él. Tiene que haber armonía entre el Lugar Santísimo y el alma que ha de entrar en él. Esta armonía empieza con el rociamiento de sangre, y tiene su seguridad eterna en él. La energía incesante y permanente de la sangre, que habla siempre de cosas mejores que la sangre de Abel, y mantiene el cielo abierto para mí, tiene un efecto semejante en mi corazón. La sangre ha puesto de lado el pensamiento de pecado para Dios; Él ya no lo recuerda más. Las cosas mejores de que ha-

bla la sangre en el cielo, las dice en mi corazón también; me levanta a la esfera celestial este nuevo estado de vida y relación con Dios, en el cual se ha puesto fin al pecado, y el alma es llevada a toda la plenitud y perfecto goce del amor de Dios.

La acción de la sangre en el cielo es incesante, no hay un momento en que la sangre no sea el deleite del Padre y el cántico de los redimidos. Acércate cuando quieras, la sangre está allí, permaneciendo constantemente; sin un momento de intervalo. Y así será en el alma que entra. La dificultad que hace vacilar la fe de algunos se halla aquí; no pueden entender cómo alguien que tiene que vivir entre los cuidados y ocupaciones y compañía de esta vida cotidiana puede en todo momento mantener el corazón rociado y purificado de una mala conciencia. No sabe que si el corazán ha sido purificado una vez y entran están en el santuario interior, donde todo opera en el poder del mundo superior, en el poder de la vida eterna. Respiran el aire vigorizante e inspirador del Lugar Santísimo; respiran el Espíritu Santo y gozan del poder de la vida de resurrección. El Ministro del santuario celestial es también el Mediador del nuevo pacto en nuestros corazones. Todo lo que hace en el cielo, lo hace en todo momento en la tierra en nuestro corazón, si con fe confiamos en Él, porque la sangre del rociamiento es la sangre del pacto. El permanecer continuamente es posible y seguro, porque Aquel que es nuestro Sumo Sacerdote permanece continuamente.

Y ¿cuál puede ser la razón por la que tan pocos cristianos pueden testificar del gozo y del poder de un corazón que es purificado en todo momento de una mala conciencia? La respuesta es que en la aprehensión de esto, como de toda

otra verdad, hay estadios según la medida de la fe y la fidelidad. Vemos esto en Israel. Hay tres estadios aquí. El israelita que entraba en el atrio externo veía el altar y la sangre rociada allí, y recibía toda la seguridad de perdón que era posible darle allí. El sacerdote que era admitido en el Lugar Santo no sólo veía la sangre rociada sobre el altar de bronce, sino que la sangre era rociada sobre él mismo y podía verla rociada en el altar de oro del Lugar Santo. Su contacto con la sangre era más cercano, y era admitido a un punto más cercano. El acceso del Sumo Sacerdote era todavía más completo; podía entrar dentro del velo una vez al año con la sangre para el propiciatorio. También hay cristianos de los atrios externos, que confían en Cristo que murió en el Calvario, pero no saben mucho de la vida celestial, o cerca de Dios, o el servicio de los otros. Más allá hay los cristianos que saben que son llamados para ser sacerdotes y que viven para el servicio de Dios y de su prójimo. Conocen más del poder de la sangre que les separa para el servicio, pero con todo su vida cursa fuera del velo. Pero, luego, hay aquellos que saben lo que la entrada de Cristo, con su sangre, implica y les procura, y éstos experimentan que el Santo Espíritu les aplica la sangre con tal poder que les lleva a una vida en el santuario interno, y de gozo pleno y permanente en la presencia de Dios.

Acerquémonos con un corazón sincero, en plenitud de fe, teniendo los corazones purificados de mala conciencia. Oh, no acareemos reproche a la sangre del Cordero por no creer en su poder para darnos perfecto acceso a Dios. Escuchemos y oigamos el canto incesante de alabanza a la sangre del Cordero en el cielo; y confiemos, honre-

mos esta sangre, y gocémonos en ella, y entraremos en el cielo de la presencia de Dios.

1. *«¿En qué es la sangre de Jesús mejor que la sangre de los machos cabríos y los becerros, si no puede librarnos del espíritu de servidumbre y de la mala conciencia, si no puede darnos una plena y alegre confianza delante de Dios? Lo que Jesús perfeccionó podemos experimentarlo y gozarlo como perfecto en nuestro corazón y conciencia. Tú deshonras a tu Salvador cuando no procuras experimentar que Él te ha perfeccionado respecto a la conciencia, y cuando no vives con un corazón enteramente limpio de mala conciencia»* (Steinhofer).

2. *Un corazón sincero, un corazón purificado, un corazón rociado: como ves, todo depende del corazón. Dios no puede hacer nada por nosotros desde fuera, sólo obra por medio de lo que puede poner en el corazón. De todo lo que Jesús es y hace como Sumo Sacerdote en el cielo no puedo tener la más mínima experiencia, sino en tanto que es revelado en mi corazón. Toda la obra del Espíritu Santo está en el corazón. Acerquémonos con un corazón sincero, un corazón rociado, nuestro ser interior bajo el poder celestial de la sangre de modo total e incesante.*

# 8

# Nuestros cuerpos lavados

*10:22. Acerquémonos... nuestros cuerpos lavados con agua pura.*

El hombre pertenece a dos mundos, el visible y el invisible. En su constitución, se hallan unidos lo material y lo espiritual, el cuerpo y el alma, de un modo maravilloso. En la caída, los dos pasaron a sufrir la influencia del poder del pecado y la muerte; en la liberación de la redención se proveyó para los dos. No sólo es en la vida interior del alma, sino también en la del cuerpo que se manifestó el poder de la redención.

En el culto de adoración del Antiguo Testamento lo externo es más prominente. Hay abundantes ordenanzas respecto al cuerpo, impuestas hasta que hubo una reforma. Estas ordenanzas enseñaban la verdad en cierta medida y ejercían cierta influencia sobre el corazón, pero no podían hacer perfecto al que adoraba. Fue sólo con el Nuevo Testamento que fue revelada la religión de la vida interior, el culto a Dios en espíritu y en verdad. Y con todo necesitamos estar alerta para que el cuidado de la vida interior no nos lleve a

descuidar lo externo. Es en el cuerpo, tanto como en el espíritu, que se manifiesta el poder salvador de Jesucristo. Fue con esto a la vista que nuestro Señor adoptó uno de los lavamientos judíos e instituyó el bautismo con agua. El que creía con el corazón era bautizado en el cuerpo. Era una muestra de que la vida física externa toda, con todas sus funciones y potencias, pasaba a ser suya también. En relación con esto fue que Juan escribió: Tres son los que dan testimonio, el Espíritu y el agua y la sangre. El mismo Espíritu que aplica la sangre con poder al cuerpo, toma posesión del cuerpo lavado con agua y lo rige. Y cuando se unen la palabra y el agua en la Escritura (Efesios 5:26; Juan 13:10; 15:3) es porque la palabra es la manifestación externa de lo que debe regir toda nuestra vida externa también.

En conexión con esto se usan dos expresiones aquí: Nuestros corazones purificados de mala conciencia; Nuestros cuerpos lavados con agua pura. La idea procede del servicio del tabernáculo: en el atrio había sólo dos cosas visibles: el altar de bronce y el lavatorio. En el uno, el sacerdote recibía y rociaba la sangre; en el otro hallaba el agua en que se lavaba antes de entrar en el Lugar Santo. En la ordenación de los sacerdotes en su cargo, eran primero lavados y luego rociados con sangre (Éxodo 29:4, 20). En el gran día de la expiación, el sumo sacerdote, también, después de haberse lavado solamente, podía entrar en el Lugar Santísimo con la sangre (Levítico 16:4). Y así recibimos la lección nosotros de que si nos acercamos con los corazones rociados de mala conciencia, hemos también de tener el cuerpo lavado con agua pura. La libertad de acceso, la limpieza que da la sangre sólo pueden ser gozadas en

una vida cuyas acciones todas hayan sido limpiadas con la Palabra. No sólo en el corazón y en la disposición, sino en el cuerpo y en la vida visible externa; todo ha de ser limpio. «¿Quién ascenderá al monte del Señor?, y ¿quién permanecerá en su santuario? El limpio de manos y puro de corazón.» Un corazón purificado con la sangre, un cuerpo lavado con agua pura de toda mancha, estas dos cosas Dios las junta; el hombre no tiene que separarlas. Ha habido algunos que han procurado ansiosamente entrar en el Lugar Santísimo y han fracasado. La razón es que no llevaban las manos limpias, no estaban dispuestos a que todo en ellos fuera perfectamente santo, descubierto y limpiado. Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, vosotros de doble ánimo, es una palabra que sigue teniendo valor. La sangre de Cristo tiene un poder inexpresable y eterno para el alma que, con un corazón sincero, está dispuesta a apartarse de todo pecado. Cuando no es así y el cuerpo no ha sido lavado con agua pura, no se puede gozar la perfecta conciencia que da la sangre.

Nuestros cuerpos lavados con agua pura. No sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo podemos entrar en el Lugar Santísimo. Es con nosotros allí, mientras estamos en el cuerpo que desciende la presencia de Dios. Toda nuestra vida en la carne ha de estar en esta presencia; el cuerpo es muy especialmente el templo del Espíritu Santo y está a su cargo; en el cuerpo es también glorificado el Padre. Todo nuestro ser, cuerpo, alma y espíritu es, en el poder del Espíritu Santo, un santo sacrificio sobre el altar, un sacrificio vivo para el servicio delante de Dios. Con el cuerpo, también, vivimos y andamos en el Lugar San-

tísimo. Nuestra comida y nuestra bebida, nuestro sueño, nuestros vestidos, nuestra labor y nuestro recreo, todas estas cosas tienen más influencia en nuestra vida espiritual de lo que nos imaginamos. Con frecuencia interrumpen la comunión que procuramos mantener. El cuerpo y el corazón están inseparablemente unidos, un corazón rociado de una mala conciencia necesita un cuerpo limpiado con agua pura.

Cuando vine al mundo, dijo, un cuerpo preparaste para mí. Estas palabras de Cristo deben ser adoptadas por cada uno de sus seguidores. No habrá nada que nos ayude tanto a vivir en este mundo, y conservarnos sin mancha, como el Espíritu que había en Cristo, que cuidaba de su cuerpo para que estuviera preparado por Dios para el servicio; que cuida que nuestro cuerpo esté preparado para Él también, para que podamos ofrecérselo. Como Cristo, nosotros tenemos también un cuerpo, en el cual reside el Espíritu Santo. Como Cristo, también nosotros hemos de ceder nuestro cuerpo, con cada miembro, cada potencia, cada acción, para que cumpla su voluntad, para serle ofrecido, para que le glorifique. Con Cristo hemos de demostrar en nuestro cuerpo que somos santos para Dios.

La sangre que es rociada en tu corazón viene del cuerpo de Jesús, preparado por Dios, y, en toda su vida, hasta en su sacrificio, dado a Dios. El objeto de este rociamiento de sangre es que tu cuerpo, del cual el corazón rociado con sangre es la vida, sea, como el suyo, entregado enteramente a Dios, sea en todo tu andar un cuerpo limpiado con agua pura. Oh, procura recibir esta bendita verdad, y acéptala plenamente. El corazón rociado con la sangre apunta al lado divino de la re-

dención; el cuerpo limpiado con agua pura, al lado humano. Que la fe en la purificación divina, y la obediencia a la llamada para que nos limpiemos, estén unidas íntimamente. La obra de Dios y tu obra deben ser verdaderamente una. El corazón rociado de mala conciencia será luego una experiencia continua, y la sangre del Cordero, un motivo y un poder permanente para una vida en el cuerpo como la de Cristo, un sacrificio santo y aceptable a Dios.

*1. Estoy plenamente persuadido de que en el placer personal, con el que nos permitimos satisfacer las demandas del cuerpo, hallamos una de las causas más frecuentes del declive gradual de nuestra comunión con Dios. Recuerda que fue por medio del cuerpo que Satán venció en el Paraíso; fue en el cuerpo que tentó a Cristo y que tuvo que ser resistido. Fue en el sufrimiento del cuerpo, como cuando tenía hambre, que Cristo fue perfeccionado. Es sólo cuando se aplica estrictamente al cuerpo la ley de la negación propia que podemos vivir en el Lugar Santísimo.*

*2. Fue tentado en todos los puntos, como lo somos nosotros, en su cuerpo de modo muy especial, y es capaz de socorrernos. Que la entrega de nuestro cuerpo al cuidado y la autoridad de Jesús sea definitiva y total.*

*3. «Si Miranda tuviera que correr para poder salvar la vida, tendría que someterse a un régimen que la preparara para ello. Como una carrera que nos ha sido propuesta es la santidad y afecto para el cielo, de modo que este régimen tiene un objetivo sólo, uno y exclusivo, el hacer el cuerpo más apto para la vida espiritual.»*

# 9

# Acerquémonos

*10:22. Acerquémonos.*

Hemos estudiado las cuatro grandes bendiciones del nuevo culto de adoración, como los motivos y estímulo para que nos acerquemos. Son: El Santísimo abierto, la Libertad por medio de la sangre, el Camino nuevo y vivo y el Gran Sacerdote sobre la casa de Dios. Y hemos considerado las cuatro grandes marcas del verdadero adorador: un corazón sincero, plenitud de fe, el corazón rociado o purificado y el cuerpo lavado. Ahora llegamos a los cuatro mandatos que nos vienen del santuario abierto y especialmente el primero: Acerquémonos. Tanto al hablar de la entrada de Cristo en él, como del poder de su sangre, en el capítulo 9, y en la exposición de nuestro contexto, hemos tenido abundantes ocasiones de indicar lo que significa este entrar y lo que se necesita para ello. Y con todo puede ser útil el recoger todo lo que se ha dicho y de una manera muy simple, una vez más, y con la gracia de Dios, abrir de par en par la puerta y ayudar a todos los hijos de Dios sinceros de corazón a que entren, y ocupen este lugar toda su vida, en la casa que el Padre ha preparado para ellos.

Y, ante todo, quisiera decir: Cree que una vida en el Lugar Santísimo, una vida de permanencia continua en la presencia de Dios es, sin la menor duda, tu deber y está en tu poder vivirla. En tanto que esto aparezca incierto y vago en tu mente, el estudio de nuestra Epístola ha sido vano. Toda su enseñanza ha sido para probar lo siguiente: que el maravilloso sacerdocio de Cristo, en el cual Él hace cuanto es posible hacer en el poder de una vida eterna, y es por tanto capaz de salvar completamente; que el que haya abierto un camino hasta el Lugar Santísimo al rasgar el velo y haya entrado en él con su sangre; el que esté sentado en el trono con poder celestial, como Ministro del santuario y Mediador del pacto; todos estos medios no significan nada si no es que el Lugar Santísimo está abierto para nosotros. Podemos, debemos y hemos de vivir allí. ¿Cuál es el significado del mandato «Por tanto, hermanos, teniendo libertad para entrar... acerquémonos», si es que no hay posibilidades de una entrada libre y una permanencia en el Lugar Santísimo para nosotros? No, quiere decir realmente que puedo entrar y permanecer, y pasar toda mi vida, en el goce consciente de su inmediata presencia. No pienses más en tu debilidad o tu infidelidad como estorbos. Empieza a mirar a Dios, que ha abierto la puerta y te llama para que entres; mira a la sangre que ha prevalecido sobre el pecado y la muerte, y te ha dado una libertad que nada puede estorbar; a Cristo el todopoderoso y amante Sumo Sacerdote, que te ha de llevar y te ha de guardar allí; y cree. Sí, una vida así es para mí; es posible; es mi deber; Dios me llama a ella; y di, entonces, si tu corazón no desea y anhela entrar en este bendito descanso, el hogar del amor de Dios.

El segundo paso es la entrega a Cristo, para que Él te lleve a esta vida de permanente comunión con Dios. Esta entrega implica un renunciar a la vida de la naturaleza y del yo; una separación total del mundo y su espíritu; una muerte total de la voluntad propia y una aceptación de la voluntad de Dios para que gobierne mi vida, en todas las cosas, hasta las más pequeñas. Para algunos esta entrega viene como el ser redargüidos de un número de cosas que ellos consideran inocentes, y que ahora consideran que eran la voluntad de la carne y del hombre. Para otros, llega como una llamada a apartarse de alguna cosa dudosa, o de algún pecado contra el cual habían luchado inútilmente. La entrega total sólo es posible cuando el alma ve cuán profunda y verdaderamente Jesús, el Mediador del nuevo pacto, se hace cargo de todo, y se ocupa de poner el deleite en la ley de Dios en el corazón, para dar la voluntad y la fuerza con la que vivir en la voluntad de Dios. Ésta fe da el valor de colocarse uno mismo ante Cristo y decir: Señor, aquí estoy, dispuesto a ser conducido por Ti al camino nuevo y vivo de la muerte de mi voluntad, y a una vida en la voluntad de Dios solamente: renuncio a todo por Ti.

Luego viene, acompañando a esta entrega, la fe que Jesús ahora acepta y corrobora en todos. La fe más general en su poder, que condujo a la entrega, ahora se vuelve una apropiación personal. Sé que no puedo forzar mi entrada en el Lugar Santísimo. Confío en Jesús, como mi SAcerdote todopoderoso y eterno en el trono, ahora, en este momento, para que me lleve a través del velo, para hacerse cargo de mí, y hacerme posible andar delante de la presencia del Dios vivo y servirle. A pesar de que esta vida pueda parecer muy

elevada e imposible, no puedo dudar de que Aquel que abrió con su sangre el Lugar Santísimo para mí, me hará entrar; y que Aquel que está sentado en el trono como mi gran Sumo Sacerdote es capaz y fiel para mantenerme en la presencia de Dios. Aparte de cualquier sentimiento o experiencia de cambio, con o sin ella, creo que Él me hace entrar y digo: Gracias, Dios, estoy en el Lugar Santísimo. Acerquémonos en plenitud de fe.

Y luego sigue la vida de fe en el Lugar Santísimo, manteniendo firme mi confianza y gloriándome en la esperanza hasta el fin. Creo que Jesús me hace entrar en el cumplimiento y la experiencia de todas las bendiciones del nuevo pacto y me hace heredero de todas las promesas. Espero, día tras día, que selle mi fe con el Santo Espíritu enviado desde el cielo en mi corazón. Los discípulos, cuando su Señor ascendió al trono, siguieron esperando, alabando, orando, hasta que llegó el Espíritu, como testigo y como revelador, dentro de sus corazones, de la gloria de Jesús a la diestra de Dios. Fue en el día de Pentecostés que ellos entraron verdaderamente dentro del velo, al cual el Precursor había atraído sus corazones anhelantes. Entraron en un estado de vida en el cual habían muerto para su propia voluntad y vivían para la voluntad de Dios; en el cual Cristo residía en sus corazones por medio del Espíritu Santo que les mantenía en la presencia y el amor de Dios. En este estado de vida también podemos ser mantenidos. De modo tan seguro como que Cristo Jesús es totalmente nuestro, cada uno puede ser llamado a vivir en pleno goce de la bendición pentecostal. El alma que se entrega a una vida dentro del velo, en plena entrega y una fe simple, puede con-

tar de modo seguro que, en el poder del Espíritu pentecostal y eterno en el corazón, la fe pasará a ser experiencia, y el gozo inefable su porción permanente. Por tanto, hermanos, ¡acerquémonos!

*1. Teniendo libertad para entrar es el resumen de la enseñanza doctrinal de la primera parte de la Epístola; acerquémonos, es el resumen de la vida y práctica que presenta la segunda parte de la Epístola.*

*2. La fe que se apropia la bendición: Jesús ahora me toma y me da el lugar y la vida en la presencia del Padre; se trata sólo de un comienzo, sin embargo. La fe ahora debe contar con el Espíritu Santo, en su poder pentecostal, para traernos el cielo y hacer de él una experiencia personal. Hasta que venga, la fe debe esperar con paciencia, para conseguir la promesa de acuerdo con la enseñanza que tenemos: «No abandonemos pues la confianza. Porque la paciencia nos es necesaria, para que habiendo recibido la voluntad de Dios podamos recibir la promesa.»*

# 10

# La profesión de nuestra esperanza

*10:23. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza; porque fiel es el que prometió.*

Las tres palabras principales en esta orden las hemos oído antes: Mantengamos firme profesión, esperanza. Mantener firme nuestra esperanza hasta el fin. Poner diligencia en la plenitud de la esperanza. Cristo, el Sumo Sacerdote de nuestra profesión. Mantengamos firme nuestra profesión. Una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. Ahora vemos lo que es la perfección cristiana, esta vida perfecta en la presencia de Dios en la cual Jesús nos hace entrar: aquí, más que nunca, necesitamos mantener firme nuestra esperanza.

La fe y la esperanza siempre van juntas. «La fe es la sustancia de las cosas que se esperan.» La fe acepta la promesa en su divina realidad, la esperanza va adelante y examina el caso y se regocija en los tesoros que ha aceptado la fe. Y así tam-

bién aquí, las palabras: Acerquémonos en plenitud de fe, se sigue inmediatamente: Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza. La vida en el Lugar Santísimo, en la proximidad de Dios, debe ser caracterizada por una infinita esperanza.

No es difícil ver la razón de ello. El entrar en el Lugar Santísimo es sólo el principio de la verdadera vida cristiana. Cuando vamos pasando tiempo allí Dios puede empezar a hacer la obra de la gracia en poder. Allí la santidad de Dios puede cubrirnos y podemos asimilar esta santidad en nuestra vida y carácter. Allí podemos aprender a adorar en esta verdadera humildad, mansedumbre y resignación a la voluntad de Dios que no viene en seguida, sino en la cual hemos de crecer, como Jesús tuvo que crecer también. Allí hemos de aprender el santo arte de la intercesión, de modo que podamos orar la oración que prevalece. Allí hemos de esperar recibir en mayor medida, en cada nuevo intercambio la plenitud del Espíritu que viene y se mantiene solo por medio de un contacto íntimo y vivo con Jesús en el trono. La entrada en el Lugar Santísimo es sólo un principio. Ha de ser una vida en la cual lo recibamos, a cada momento, todo de Dios, en la cual la obra de Dios sea el todo en todo. Aquí tenemos necesidad de una infinita esperanza. Después de haber entrado probablemente no hallaremos lo que esperábamos. La luz y el gozo y el poder puede que no vengan en seguida. Dentro del velo todo está quieto, mejor dicho, todo es eminentemente una vida de fe, no mirando a nosotros mismos, sino a Dios y esperando en Él. La fe todavía será probada, probablemente será muy probada, especialmente cuando Dios quiere bendecirnos más. La esperanza es la hija de la fe, el mensajero que

la fe envía para ver lo que viene: la esperanza se vuelve la fuerza y el apoyo de la fe. Aquí, en el Lugar Santísimo, mantengamos segura especialmente nuestra confianza y el gloriarnos en nuestra esperanza de modo firme hasta el fin. Regocijémonos en la esperanza de la gloria de Dios, tal como sin duda se nos revelará en el alma.

Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza. Los hombres hablan siempre de lo que rebosa en abundancia del corazón, de aquello que esperan. Nosotros, también, hemos de confesar y dar expresión a nuestra esperanza. El profesarla, confesarla, afirma la esperanza; lo que decimos se vuelve más claro y más real. Glorifica a Dios. Ayuda y anima a los que nos rodean. Hace que Dios, los hombres y nosotros mismos veamos a lo que nos hemos comprometido. Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza, para que no fluctúe. Que la mayor esperanza por la cual nos acercamos a Dios, por la cual entramos en el velo, sea lo que mantengamos firme, y que profesemos nuestra esperanza sin vacilación. Que la bendita esperanza de ser mantenidos día tras día en el amor de Dios, la esperanza de permanecer continuamente en Jesús y donde está Jesús, a la luz de Dios, sea nuestra ancla dentro del velo. Porque fiel es el que prometió. Estudia las referencias a la palabra «promesa» en esta Epístola, y verás qué lugar tan importante ocupan en los tratos de Dios con su pueblo, y aprenderás hasta qué punto tu vida depende de tu relación con las promesas. Unido a las promesas, como aquí, está Aquel que promete; une al que promete con su inmutable fidelidad como Dios, y tu esperanza pasará a ser un gloriarse en Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor. Fiel es el

que prometió: esta palabra se halla a la raíz de la vida dentro del velo. De la misma manera que es Dios el que habla en Cristo, a quien envió, a quien hizo Sacerdote, a quien perfeccionó, así es a Dios a quien Cristo nos lleva dentro del Lugar Santísimo, para que Él ahora obre directa y continuamente en nosotros la vida que, como criaturas redimidas, hemos de vivir. Ésta es la bendición de ser llevado dentro del Lugar Santísimo: Cristo nos ha llevado a Dios. Y nosotros ahora estamos en el lugar apropiado y en el espíritu apropiado para honrarle como Dios, esto es, permitirle que obre libremente, de modo inmediato e incesante en nosotros una vida como la que obró en Cristo. Fiel es el que prometió. Dios va a cumplir sus promesas de vida y de amor, de bendición y de fruto, de una forma tal como no tenemos idea. mantengamos firme la profesión de nuestra fe, sin fluctuar, porque fiel es el que prometió.

Lector, tú has oído la llamada: Acerquémonos en plenitud de fe. Y ¿has obedecido? Y ¿has creído que Jesús te lleva a una vida de permanencia ante la presencia de Dios? Y ¿estás manteniendo firme la profesión de tu esperanza, incluso en la ausencia de sentimiento o de experiencia, en medio de las dudas y temores que te acosan? Oye, mira: ¡Fiel es el que prometió! Que esto sea tu roca. Di constantemente: «¡Oh, alma mía, espera en Dios, porque aún le tengo que alabar! Tú eres mi esperanza, ¡Dios mío! Esperaré continuamente y te alabaré aún más y más.» Ésta es la bendición del santuario interior, en el que tú has hallado tu verdadero lugar a los pies de Dios, para esperar allí en absoluta dependencia en su obra. Mira la libertad que la sangre te da. Mira el corazón sincero, en el cual el Espíritu Santo mora y obra.

Mira el corazón rociado por el bendito Sumo Sacerdote con la sangre, y espera, sí, espera en Dios, para que haga su obra divina en tu alma. Que Él sea para ti más que nunca el Dios de esperanza. Reclama el cumplimiento de la promesa de su Palabra: «El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz creyendo, para que podáis abundar en la esperanza, en el poder del Espíritu Santo.» El Dios infinito y fiel, como Dios de nuestra esperanza, llenándonos de gozo y paz creyendo, y nosotros aprendiendo a abundar en la esperanza por medio del poder del Santo Espíritu: ¡Sea ésta nuestra vida en el secreto de la presencia de Dios!

*1. La plenitud de fe y la plenitud de esperanza son dos disposiciones que marcan al corazón sincero. Es el hecho que no tenemos nada en nosotros y que Dios es el todo en todos, que hace que nuestra actitud entera sea el esperar en Él, para recibir aquello que Él ha de hacer.*

*2. Para que abundemos en esperanza por medio del poder del Espíritu Santo. Date cuenta que la vida en el Lugar Santísimo depende enteramente del Santo Espíritu que reside en nosotros. Para esta vida necesitamos ser llenos del Espíritu, estar bajo la acción inmediata y continua del Espíritu. Ni un momento podemos permanecer en el Lugar Santísimo si no es por el Espíritu Santo. Ni un momento podemos dejar de estar en el Lugar Santísimo estando con el Espíritu Santo. Abundemos en esta esperanza, por medio del poder del Espíritu Santo.*

# 11

# Estimulemos al amor

*10:24. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.*

Hemos visto la plenitud de la fe a la cual nos hemos de acercar, y la profesión de la esperanza, a la cual hemos de mantenernos firmes; y ahora vamos a ver la tercera de las gracias hermanas: Y «considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.» Demostremos nuestro amor y cuidado los unos con los otros. Estos tres pensamientos forman las subdivisiones de la parte práctica de la Epístola. El capítulo 11 puede ser titulado: La plenitud de la fe; el capítulo 12:1-13: La paciencia de la esperanza, y el capítulo 13: El amor y las buenas obras.

Considerémonos unos a otros. El que entra en el Lugar Santísimo entra en el hogar del amor eterno; el aire que respira es de amor; la mayor bendición que puede recibir allí es un corazón en el cual el amor de Dios ha sido derramado en poder por el Espíritu Santo, y que está en camino a ser perfecto en amor. Para que puedas conducirte como debes en la casa de Dios, recuerda esto: La

fe y la esperanza pasarán, pero el amor permanecerá. La principal de las tres virtudes es el amor.

Considerémonos unos a otros. Cuando procuramos entrar en el Lugar Santísimo, pensamos principalmente en nosotros. Y cuando hemos entrado en él, por la fe, es como si todo lo que podemos hacer es estar delante de Dios, y esperar en Él, para que haga lo que ha prometido hacer por nosotros. Pero no tardamos mucho en percibir que el Lugar Santísimo y el Cordero no son sólo para nosotros; que hay otros dentro con los cuales es una bendición tener comunión alabando a Dios; que hay algunos fuera que necesitan nuestra ayuda para poder entrar. Es en el amor de Dios que tenemos acceso nosotros; este amor entra en nuestros corazones; y nos vemos llamados a vivir como Cristo en completa dedicación a los que nos rodean.

Considerémonos unos a otros. Los redimidos juntos forman un cuerpo. Cada uno depende del otro, cada uno se interesa en el bienestar del otro. Evitemos el autoengaño de pensar que es posible entrar en el Lugar Santísimo, en comunión íntima con Dios, con un espíritu de egoísmo. Esto no puede ser. El camino nuevo y vivo que Jesús abrió es el camino del amor que se niega a sí mismo. La entrada en el Lugar Santísimo nos es dada a nosotros como sacerdotes, para ser llenos allí del Espíritu y del amor de Cristo, y luego salir y llevar la bendición de Dios a otros.

Considerémonos unos a otros. El mismo Espíritu que dijo: Consideremos a Cristo Jesús —se necesita tiempo y atención para conocerle bien—, nos dice: considerémonos unos a otros: requiere tiempo y prestar atención el conocer las necesidades de los que nos rodean. ¡Cuántos hay cuyas cir-

cunstancias son tan desfavorables, cuyo conocimiento es tan limitado, cuya vida entera es tan sin esperanza que la perspectiva de que alcancen nunca una vida mejor es muy reducida! Para ellos sólo hay una cosa a hacer: «Los que somos fuertes hemos de sobrellevar las enfermedades de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos.» Cada uno que empieza a ver la bendición que hay en una vida de completa entrega a Cristo debería ofrecerse a Cristo, para ser hecho su mensajero a los débiles y cansados.

*Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.* Amor y buenas obras: Éste ha de ser el objetivo de la Iglesia en el ejercicio de su actividad. Todo lo que estorba al amor ha de ser sacrificado y puesto de lado. Todo lo que fomenta y muestra amor, que estimula a los demás al mismo, debe ser objeto de esfuerzo y efectuado. Y con el amor, las buenas obras también. La Iglesia ha sido redimida por Cristo para mostrar al mundo el poder que *El tiene para limpiar del pecado, para vencer al mal, para restaurar a la santidad y a la bondad. Considerémonos unos a otros, en todas las maneras posibles, para estimularnos y ayudarnos al amor y a las buenas obras.

La idea principal es ésta: La vida en el Lugar Santísimo ha de ser una vida de amor. Tan solemne como la orden: «Acerquémonos en plenitud de fe», o «Mantengamos firmes la profesión de nuestra esperanza», es ésta: «Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.» Dios es amor. Y todo lo que ha hecho para nosotros en su Hijo, como se revela en esta Epístola, es amor. Y Cristo es amor. Y no puede haber

acceso real a Dios si no es una unión con Él en su santa voluntad, no hay comunión real con Él, sino es en el Espíritu de amor. El entrar en el Lugar Santísimo es una mera imaginación si no nos entregamos para el amor de Dios en Cristo, para ser llenados y usados para el bienestar y el gozo de nuestros prójimos.

Oh, cristiano, aprende lo que es el amor. Estúdialo en la Palabra, en Cristo, en Dios. Cuando le ves que es una fuente incesante de bondades, que su mismo ser y su gloria consiste en esto, que vive en todo lo que existe, y que a todos comunica su bendición y perfección, en tanto que son capaces de ello, aprenderás a reconocer que el que no ama no ha conocido a Dios. Y aprenderás, también, a admitir más profunda y verdaderamente que no hay ningún esfuerzo de tu voluntad que pueda producir amor; tiene que serte dado desde arriba. Esto será para ti uno de los goces y bellezas principales del Lugar Santísimo, que allí no tienes que esperar para que el Dios de amor te llene con su amor. Dios tiene el poder de derramar su amor en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo que nos ha dado. Él ha prometido dar a Cristo de forma que more en nuestro corazón por fe, para que podamos ser arraigados y fortalecidos en amor, y conocer y tener en nosotros algo de un amor que sobrepasa todo conocimiento. La misma atmósfera del Lugar Santísimo es amor. De la misma manera que respiro el aire en que vivo, el alma que permanece en la presencia de Dios respira el aire del mundo arriba. La promesa es válida y la hora de su cumplimiento vendrá, cuando el amor de Dios será perfeccionado en nosotros, y seremos perfectos en amor. En ninguna parte es posible esto, sino en el Lugar Santísimo;

pero allí lo es de modo seguro. Acerquémonos en la plenitud de la fe, y considerémonos unos a otros. Mientras estamos pensando sólo en los otros para llevarles el amor de Dios, hallaremos que Dios piensa en nosotros, y nos llena de él.

¡Qué diferencia significaría para el mundo el que cada creyente se diera a sí mismo, de todo corazón, para vivir para su prójimo! ¡Qué diferencia haría en nuestra propia vida si nos entregáramos al amor salvador de Dios en su esfuerzo por salvar almas! ¡Qué diferencia en todas nuestras instituciones cristianas, que sufren por falta de ayudadores consagrados y devotos! ¡Qué diferencia en nuestras iglesias, si se despertaran para saber con qué fin han sido reunidas! ¡Qué diferencia para millares de seres perdidos, que se enteraran con asombro del amor que hay en los hijos de Dios y del poder y bendición que hay en este amor! Considerémonos unos a otros.

1. *Está en la misma esencia, belleza y gloria de la salvación de Cristo el que sea para todos. El que la recibe verdaderamente, tal como la da el Santo Espíritu, la recibe como una salvación para todos, y se siente impelido a comunicarla a los otros. El bautismo de fuego es un bautismo de amor redentor, pero esto no como una mera emoción, sino como un poder que al instante nos hace considerar y cuidar de los otros.*

2. *¡Cuán imposible es amar a otros y darse para ellos en nuestras propias fuerzas!Éste es uno de los dones verdaderos que hemos de esperar en el Lugar Santísimo, para recibirlo en el poder del Espíritu pentecostal; el amor de Dios derramado de tal forma en nuestro corazón que amamos de modo espontáneo, incesante y gozoso, porque está en nuestra misma naturaleza.*

# 12
# El congregarnos

*10:25. No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos, y tanto más, cuanto que véis que aquel día se acerca.*

Lo interior y lo exterior deben juntarse. Tal como hay en toda persona una vida interior escondida en el alma, junto con la vida externa del cuerpo, así también la hay en la Iglesia de Cristo. Todos sus miembros son un cuerpo; la unidad interna debe ser probada en el ejercicio activo, debe ser vista en el congregarse. La congregación de sus santos tiene como base la orden divina, así como ésta es la misma naturaleza de las cosas; todos los que entran en el Lugar Santísimo para reunirse con Dios tienen que reunirse a su vez con su pueblo. El antiguo tabernáculo era la tienda de reunión; el reunirnos con Dios y reunirnos con nuestros prójimos son necesarios igualmente. Entre los hebreos era ya una costumbre que algunos olvidaban reunirse en las asambleas; era un síntoma peligroso, precursor del hacerse atrás. Se les recuerda no sólo del deber personal de cada uno

a ser fiel, sino de cuidar de los hermanos, exhortándose los unos a los otros. La congregación tiene un valor indiscutible para el ejercicio y corroboración de la fe, la esperanza y el amor, a los cuales hemos sido instados; para el pleno desarrollo de la vida en el Lugar Santísimo; para ayudar y confortar a los que son débiles; para el cultivo de la comunión del Espíritu y la Palabra. Hagamos caso de la exhortación, en relación con nuestra entrada en el Lugar Santísimo: «No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre.»

Si nos diéramos cuenta de veras de la importancia de esta palabra, no nos olvidaríamos de su trabazón con el contexto. Nuestra sección nos ha enseñado lo que ha de ser la vida en el Lugar Santísimo. Habiéndonos acercado nosotros a Dios, hemos de acercarnos a nuestros prójimos. El reunirnos con Dios es un motivo de infinita bendición, paz y poder. El reunirnos con nuestros prójimos, a menudo, se acompaña de debilidad, distracción y fracaso, de forma que algunos han pensado en dejar de congregarse con los otros por completo. Vemos cómo la vida en el Lugar Santísimo nos indica el deber y el poder de nuestras congregaciones.

Sugiere el deber. El Lugar Santísimo es el hogar del eterno amor. El amor reside allí. Es amor que procede de allí, para buscarme y hacerme entrar. En el amor eterno he sido aceptado y he podido entrar. Es el amor que ha sido derramado en mi corazón. Mi entrada fue sólo en el camino del sacrificio propio; mi permanecer allí sólo es posible habiendo muerto para mí mismo y siendo lleno de amor. Y el amor no busca lo propio; se entrega y sólo vive para hacer a los demás partici-

pes de la propia felicidad. Y el amor desea la congregación del pueblo de Dios, no sólo por lo que necesita y espera recibir, sino por la comunión de los santos y la ayuda que puede dar apoyando y animando a otros.

No sólo hace esto, sino que obedece a este otro mandato: ¡Exhortándonos los unos a los otros! Procura vigilar sobre aquellos que están en peligro de hacerse infieles. Procura que los que se descuidan se vuelvan más diligentes; busca medios para hacer reuniones más pequeñas o más cercanas o más atractivas para aquellos que se van distanciando. Nada es, para él, demasiado humilde o demasiado difícil, si con ello puede recobrar para la congregación de los hijos de Dios a aquellos que pueden ser bendecidos y salvados. Vive en el amor de Dios en el Lugar Santísimo; se entrega a la tarea de ganar a otros para que conozcan este amor.

La vida en el Lugar Santísimo no es, pues, sólo el motivo, sino también el poder para hacer la obra bien. Sí, cuando los que profesan haber entrado en el Lugar Santísimo se acercan verdaderamente a Dios, y demuestran el poder de comunión con Él, tendrán poder en la oración, en la palabra y el servicio entre sus hermanos cristianos. El Lugar Santísimo es el lugar para la adoración diaria y la consagración y la intercesión; aunque haya sólo un grupo en la congregación que la practiquen tendrán fuerza para hacer sentir la divina presencia. El culto en el lugar común de oración puede estar unido a la adoración secreta en el Lugar Santísimo, hasta el punto que su bendición puede alcanzar a otros que nunca han conocido esta intimidad con Dios. Dios está dispuesto a bendecir la fraternización de sus redimidos,

para que la asamblea esté coronada de un sentido más pleno de su amor y su presencia de lo que se puede hallar nunca en un acercarse a Él de modo solitario. Por tanto, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santo, acerquémonos; no dejando de congregarnos, sino exhortándonos los unos a los otros.

Y tanto más cuanto que véis que aquel día se acerca. El escritor tiene sin duda a la vista el día del juicio que se acercaba sobre Jerusalén. No sabemos hasta qué punto le fue revelada la perspectiva, y para ellos aquel día estaba relacionado con la venida del Señor mismo. No basta saber que el temor de un día del juicio que se acercaba era el motivo por el cual se hace la apelación; y que esto no sólo es para conmover al indiferente, sino, de modo especial, para instar solemnemente a exhortar a los otros. Los cristianos necesitan que se les recuerde el terrible juicio que tiene pendiente el mundo, y todas las solemnes y eternas realidades relacionadas con la venida del Señor, y nuestras vidas. Así nuestros esfuerzos para ayudar y salvar a otros estarán bajo el poder de la idea de lo corto que es el tiempo que queda, y lo terrible que es el destino de los que perecen, y lo urgente que es la llamada a cada uno para que conozca el amor redentor, a fin de hacer la obra con todo poder. En el Lugar Santísimo oímos la voz de aviso, y salimos para salvar a otros, antes que sea demasiado tarde.

*1. Nótese el carácter intensamente práctico del evangelio. Nuestra sección (19-25) es sólo una larga cláusula. Empieza con los misterios espirituales, celestiales; termina con reglas prácticas para nuestra conducta con nuestros prójimos. Estemos seguros de que cuanto más profundamente entramos en la enseñanza de los capítulos 7 al 10, más aptos seremos para ser una bendición para el mundo.*

*2. Cuando Cristo pronunció su mensaje de despedida a sus discípulos, una de las cosas a que les instó de modo más urgente fue a que se amaran los unos a los otros. Él ama a todos sus redimidos, por débiles o díscolos que sean, de un modo tan directo, que nos dice que no podemos demostrar que le amamos a Él en forma alguna sin amarles a ellos; la prueba de nuestra entrada real en el Lugar Santísimo es la humildad y la mansedumbre y el espíritu de abnegación con el cual hablamos y pensamos y mostramos nuestro cuidado los unos a los otros.*

*3. Estudia cuidadosamente la relación entre estas últimas doce meditaciones y procura conseguir una idea clara de la unidad de pensamiento de esta porción, el centro vivo de la Epístola.*

# Conclusión

A algunos de los hijos de Dios que lean este libro, sus enseñanzas pueden parecerles nuevas o extrañas y, por esta razón, es posible que no puedan aceptar la lección de la Palabra de Dios que el libro trata de comunicar. Otros pueden aceptar sus enseñanzas y admitir su verdad y, con todo, a causa de su falta de fe o falta de decisión no han entrado en la vida bienaventurada que esta porción de la Palabra de Dios nos abre de modo franco. Por amor a los tales me siento impulsado una vez más a dar un simple resumen de la verdad que la Palabra nos enseña, y a seguir con ellos los pasos de la vida cristiana como son marcados, y a pedirles que procuren ver en qué punto han fallado. Creo, querido hermano, que es verdaderamente la voluntad de Dios que entres en el Lugar Santo y residas en él. No descanses hasta que, paso a paso, hayas dado cumplimiento punto por punto a la orden divina y te hayas entregado a Él de modo completo: puedes confiar en Él para que haga de toda la salvación que ha preparado en Cristo tu posesión y experiencia benditas.

1. *El Lugar Santísimo está abierto ahora.* Hay pleno acceso a la presencia de Dios que está ase-

gurada para nosotros. La experiencia de la presencia de Dios continua e ininterrumpida es una posibilidad, es una certidumbre. Somos llamados a entrar allí y vivir con Jesús. Ésta es la consumación de su obra como Sumo Sacerdote, el hacernos entrar y mantenernos allí. No hay nada en el cielo, en la tierra o en el infierno que pueda impedir que entremos y permanezcamos allí continuamente y para siempre si lo deseamos.

No te des por satisfecho con la idea de que hay muchos cristianos que nunca han entrado. Mira al Padre que te llama. Humíllate bajo el pensamiento: Mi Padre ha preparado este hogar para mí. Su amor anhela que vaya a vivir con Él constantemente. He rehusado creer que esto sea posible, y en vez de su proximidad inmediata y su continua comunión, vivo a distancia. Oh, no consideres que la cosa ya está resuelta: el Lugar Santísimo está abierto para que entremos y residamos con Jesús, y dile a Dios que no descansarás hasta que sea tu experiencia.

2. *Tenemos libertad por medio de la sangre.* ¿No es esto lo que te ha mantenido sin entrar? Nunca has tenido tiempo para estudiar, para creer, para darte cuenta del infinito valor y poder de la sangre del Hijo de Dios. Venció el pecado, la muerte y el infierno. Abrió el cielo a Jesús nuestra seguridad. Con certeza te hará entrar a ti; te quitará todo el temor y la duda causados por tu pecado e impotencia; te hará posible que con la mayor confianza y libertad te acerques y pidas ser admitido. Asegúrate, oh hijo de Dios, de que honras la sangre, de que te glorias en su poder; puede hacerte entrar.

3. *Un camino nuevo y vivo ha sido abierto para nosotros*+ ¿Estás dispuesto a entrar en este camino? Para la carne parece difícil y aun imposible. Es el camino por el que anduvo Cristo, el camino del sacrificio personal; el camino de la entrega total a la voluntad divina; el camino de la muerte al yo y al mundo; el camino de ser humillado y hecho obediente hasta la muerte. Sin duda, no deseas o esperas entrar en el cielo por ningún otro camino que el de Cristo, de ninguna otra manera que haciendo la voluntad de Dios. Renuncia al instante a la religión tibia que te hace temer una consagración entera a la bendita voluntad de Dios; entrégate totalmente a ella; decídete y entra ahora en el nuevo camino.

Es un camino vivo. El Espíritu Santo vive y se mueve en él, y lleva a todos los que andan en él. Entrégate, tú mismo, al Bendito Jesús para seguirle en este camino: en su fuerza será para ti una senda de paz y santidad.

4. *Tenemos a Jesús como nuestro Sacerdote sobre la casa de Dios. ¿No has aprendido de esta Epístola que una de las tareas de Jesús como nuestro Gran Sacerdote es acercarnos a Dios? Tan cerca que, en la vida y experiencia reales, podemos conocer y gozar de su proximidad todo el día. ¿No está el Sacerdote sobre la casa de Dios, el Hogar del Padre, precisamente para llevarnos allí y velar sobre nosotros, residiendo en nosotros para hacernos uno con Él, viviendo nuestra vida en la presencia inmediata del Padre?*

*Oh, amados, ¿no queréis empezar a confiar en Jesús para esto, el deseo de su corazón, y entregaros para entrar?*

5. *Dios pide un corazón sincero.* Y éste es tu corazón. Él te ha dado un nuevo corazón. Y el nuevo corazón es un corazón sincero. Créelo, y obra en consecuencia. Cree en el poder del Espíritu dentro de ti para obrar; ven en seguida y dile que con tu nuevo corazón, con tu corazón sincero, deseas entrar. No mires a los pecados dentro, ni a los sentimientos: ven en la fe de lo que Dios ha dicho, de la nueva naturaleza que te ha dado y entra en un corazón sincero. Decide, resuelve, di a Cristo que no puedes quedarte más tiempo fuera; que estás dispuesto, en la libertad de la preciosa sangre, de acercarte y permanecer con Él.

6. *Dios te llama a que vengas en plenitud de fe.* Y Dios nunca pide fe sin dar una base firme y una razón abundante para ella. Y si quieres mirar a Él, y ver lo que Él ha hecho al dar a su Hijo para que sea tu Sumo Sacerdote, y la sangre de su Hijo para que tengas confianza; al abrir el Lugar Santísimo para ti; al dar al Santo Espíritu para que te guíe en el camino vivo de unión con Jesús, sin duda no puedes dudar ni temer. ¡No!, al instante, empieza a hablar y di: «Por más que haya mucho que aparezca oscuro o difícil, en esto estoy confiado: que mi debilidad no puede estorbarme: confío en Dios, confío en Jesús, confío en la Sangre, confío en el Espíritu Santo: sin duda, voy a entrar.

7. *Que el corazón sea purificado con la sangre.* Hemos visto la libertad que da la sangre; hemos oído la llamada a acudir con corazón sincero. Los dos han de estar unidos de modo inseparable. La sangre es el signo de que Jesús se dio a sí mismo totalmente, de su misma vida: que el corazón sincero se dé a sí mismo totalmente, para confiar y

entregarse a la sangre. El poder de la sangre es tal que abrió el cielo y está allí para siempre; ten la seguridad de que tu corazón, rociado con la sangre, se levanta al cielo del amor de Dios. Empieza ahora y canta diariamente el cántico: «A Aquel que nos amó, y nos lavó nuestros pecados con su sangre.» El poder de la sangre, si quieres darle todo tu corazón, te traerá el cielo y su gozo, el gozo de la presencia de Dios, allí donde tú estás.

8. *Que el cuerpo sea lavado con agua pura.* Sin duda, a la vista de los maravillosos privilegios que tenemos puestos delante, no hay necesidad de rogarte que quieras poner de lado todo pecado, todo hábito, toda indulgencia del cuerpo que interfiera con una comunión con Dios plena y permanente. Piensa en lo que Cristo está haciendo: guardar tu corazón con el poder del Santo Espíritu, rociado con su sangre en su poder celestial santificador, y que esto te inste a limpiarte del todo lo que pueda impedirte morar en el Lugar Santísimo, desde lo más grande a lo más pequeño. Espera en Dios en oración hasta que su presencia sea el poder que rija todo tu ser.

9. *Acerquémonos. Esto es, entremos, y presentémonos delante de Dios. Sí, que cada uno de nosotros, con el corazón entero, con la vida entera, ande, se acerque y habite en la bendita proximidad de Dios.*

*Ésta es la suma y sustancia del evangelio. Esto es lo que Cristo puede dar, porque Él puede salvar completamente. Esto, por desgracia, es lo que muchos cristianos no poseen, ni aun lo buscan, porque no lo conocen. Lector, te ruego no te contentes con menos que esto: una vida en todo momento en la*

presencia de Dios, por medio del cuidado poderoso de Jesús. Su única obra es acercarnos a Dios: entrégate a Él para esto. Él lo hará. Acerquémonos.

10. *Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza. Elevemos nuestro corazón por encima del temor de la duda, de los presentimientos de incredulidad y de fracaso, esperemos incluso contra lo que es de esperar. Abundemos en la esperanza. Hagamos conocer nuestra esperanza. Habla de ella a Dios y a tu prójimo, dile que has puesto tu mira en Dios para una proximidad de comunión con Él cada día más cercana. Mantén firme la profesión de la esperanza hasta el fin, con una idea: fiel es el que prometió. Vive a través de cualquier fracaso o decepción que pueda venir en la esperanza de que Dios basta, y hallarás que no te avergonzarás de ella. Una vida en el Lugar Santísimo es la porción de tu herencia.*

*11. Vivamos en amor.* El Lugar Santísimo es el hogar del amor de Dios. El camino nuevo y vivo es el camino de la muerte al yo y a la voluntad propia. El Gran Sacerdote sobre la casa de Dios, Jesús, no puede llevarte cerca por ningún camino que no sea el de entrar en ti, pasando a ser tu vida, dándote vida con su Espíritu y disposición. Cree en Él para que sea así. Y Jesús es el Hijo del amor de Dios, nacido de este amor, lleno de él, su mensajero y dispensador. Entrégate al amor de Cristo, que no se agradó a sí mismo: anda en amor como Él anduvo. Entrégate a una vida de amor, considerando a los otros, estimulándolos al amor y a las buenas obras. En el poder de Jesús sigue constantemente en la vida de

amor, en el amor y la presencia de Dios. Esto es posible.

12. *Mantengamos la comunión de los santos.* Que el amor se manifieste como una unidad del cuerpo, un estar unidos a los hermanos en una fraternización y comunión externa. Recordemos que el Espíritu de Cristo no nos es dado en aislamiento y separación de los otros. Al vivir en el Lugar Santísimo, nos daremos cuenta de lo juntos que estamos los unos de los otros, todos miembros de Cristo; veremos que nuestra vida en el amor de Dios depende de nuestra relción con nuestros hermanos; que su vida y su crecimiento debe estar a nuestro cuidado y será nuestra recompensa. Una vida en el Lugar Santísimo de la presencia de Dios será una vida de amor y de trabajo, de poder y de bendición.

Amado lector, ¿has aceptado verdaderamente la enseñanza de la Palabra de Dios, de que el Padre te llama para residir en el Lugar Santísimo? ¿Has entrado? Si no, te ruego, en el nombre de nuestro gran Sumo Sacerdote que te espera para hacerte entrar, no descanses hasta que te hayas acercado, y hallado tu lugar en el secreto de la presencia de Dios.

ANDREW MURRAY

Andrew Murray, comentando en esta ocasión Hebreos 10:19-25, nos habla de la naturaleza de nuestro Sumo Sacerdote, de su obra, y de lo que nosotros necesitamos para disfrutar los frutos de la misma, acercándonos a Él.

Clasifíquese: ESTUDIO BÍBLICO

LIBROS CLIE